

# PIRRON Y EL ESCEPTICISMO GRIEGO

## SEMBLANZA DEL APATICO PIRRON

### I.—LA HISTORIA.

Para comprender las doctrinas filosóficas posteriores a Aristóteles, que crea el pensamiento griego en ese su momento llamado helenístico, es preciso hacerse cargo de los acontecimientos político-sociales, que determinan el paisaje histórico, y aún adoptar, para contemplar este paisaje histórico, la perspectiva concreta que eligió cada uno de los hombres que, filosofando desde su soledad, creaba una nueva doctrina de salvación.

Las situaciones planteadas por el desarrollo político y económico de los pueblos son siempre elementos aclaratorios de los procesos del espíritu, pero sólo en determinados momentos condicionan estos mismos procesos. Esto último sucede con las doctrinas filosófico-morales helenísticas, porque estas meditaciones, lejos de presentarse como productos de la pura especulación, se ofrecieron a sus contemporáneos como refugio, en el que guarecerse de la quiebra de los ancestrales asideros religiosos y morales de la Hélade, que el agitado mar político, culminación de un lento proceso de destrucción, nacido, quizá, de la propia filosofía, había arrastrado.

Indudablemente, el punto máximo de este movimiento devastador, en la misma medida que creador de nuevos ideales, lo representa Alejandro Magno. Ahora bien, es preciso, para comprender el significado de la gesta de Alejandro, analizar la situación histórica de Grecia que le procedió, y los acontecimientos que siguieron a su muerte. Sólo así podemos apreciar la conturbación sufrida por Grecia en virtud de su epopeya.

#### A) Antecedentes político-militares del siglo IV.

Alejandro, que se decía portador de los ideales panhelénicos, desborda las concepciones políticas de la Hélade. Su gesta puede ser interpretada, quizá, como heredera del espíritu de los "caudillos", que hicieron la historia de Grecia en el siglo que inmediatamente le procedió, pero sus obras no eran mensurables con los parámetros que hasta él habían regido. Es por ello por lo que su acción resultó incomprensible para sus contemporáneos. Como ha dicho Montero Díaz, Alejandro "atraviesa a la vez inmensas soledades geográficas y morales. Sólo él sabe donde va. Sus contemporáneos no siguen el vértigo creador. La individualidad se ha convertido ya en el valor absoluto, fuente de leyes y designios. Queda muy lejos —geográfica y moralmente— la Hélade con sus viejas tradiciones políticas y sus teóricos del Estado-ciudad, que Alejandro había conocido a fondo en la persona de Aristóteles. Nadie comprende el sentido de su empresa" (1).

Ahora bien, cabe preguntarse cómo fue posible que Alejandro iniciara su empresa y cómo en nombre de la Hélade, e incluso, como portador de ideales panhelénicos, cuando la Grecia clásica se defendió siempre de intromisiones en la actividad de su política doméstica y mantuvo a distancia geográfica, política y socialmente, a aquellos pueblos que consideró bárbaros.

Al analizar estas cuestiones descubrimos, en las más importantes ciudades griegas, el panorama histórico, que sirve de marco al genial macedón y que hace cobre pleno sentido y nos parezca, no sólo posible, sino perfectamente natural el advenimiento de su genio militar y político.

Mas es preciso no dejarnos engañar por este espejismo y darnos perfecta cuenta de que, ni la decadencia de los grandes estados-ciudades helenos, ni la genialidad de Alejandro estaban predeterminados o pre-exigidos por el desenvolvimiento histórico de Grecia. Cuando hayamos comprendido ésto podremos juzgar el desconcierto que, a los griegos del siglo IV, produjeron los acontecimientos que ante ellos se desarrollaban.

---

(1) SANTIAGO MONTERO DIAZ: *El individualismo político en el pensamiento griego*. En: De Coliclés a Trajano. Instituto de Estudios políticos. Madrid 1948, pág. 37.

De aquí que comencemos el estudio histórico de la Atenas de Pirrón por los últimos años del siglo V, pues es de donde arrancan los acontecimientos que preforman su época.

1.—El siglo IV: *Los antecedentes.*

El engrandecimiento de Atenas llevó siempre el signo de la democracia. Aún cuando la constitución política democrática de Solón no encontró eco profundo en el pueblo hasta después de haber sufrido la tiranía de Pisístrato, es cierto que fue ella la que comenzó a dar esplendor a Atica. Así Herodoto recapituló los acontecimientos posteriores a la expulsión de los pisistrátidas y al establecimiento de la democracia por Clístenes (508), con estas palabras: "Iban por fin los atenienses libres creciendo en poder cada día, pues cosa probada es, no una sino mil veces, por experiencia, que el Estado por sí más próspero y conveniente es aquel en que reina la isegoría (*ἰσηγορία*) o derecho y justicia igual para todos los ciudadanos" (2).

La democracia es el ideal político de Atenas, pese a la existencia siempre de focos oligárquicos. Triunfadora de las guerras médicas con Temístocles y Arístides, recibe con Pericles, otro aristócrata sobrino de Clístenes, nuevo impulso, pues como atinadamente expone Plutarco (3), el gran estadista necesitó buscar apoyo para su partido en la muchedumbre y en los pobres, creando así en el pueblo ateniense el ideal de la democracia, no sólo como forma política, sino también como forma social (4). La democracia quedó tan unida

(2) HERODOTO: V, LXXVIII. Clístenes era un perfecto aristócrata, y sin embargo estableció una constitución que, como el mismo Aristóteles dice (La Const. de Atn. 22,1) resultó mucho más democrática que la del propio Solón.

(3) PLUTARCO: *Vidas, Pericles*, VII.

(4) En la transcripción que Tucídides nos hace del histórico discurso de Pericles, en el entierro de las primeras víctimas de la guerra del Peloponeso, podemos leer esta bella definición de su gobierno: "Tenemos un régimen de gobierno que no envidia las leyes de otras ciudades, sino que más somos ejemplo para otras que imitadores de las demás. Su nombre es democracia, por no depender el gobierno de pocos, sino de un número mayor; de acuerdo con nuestras leyes cada cual está en situación de igualdad de derechos en las disensiones privadas, mientras que según el renombre que cada uno, a juicio de la estimación pública, tiene en algún respecto, es honrado en la casa pública; y no tanto por la clase social a que pertenece como por su mérito, ni tampoco, en caso de pobreza si uno puede hacer cualquier beneficio a la ciudad, se le impide por la oscuridad de su fama. Y nos regimos liberalmente, no sólo en lo relativo a los negocios públicos, sino también en lo que se refiere a las sospechas recíprocas, sobre la vida diaria, no tomando a mal al prójimo que obra según su gusto, ni poniendo rostros de reproche, que no son un castigo, pero sí penosos de ver" (11,37).

al Atico, que hacer la historia de sus vicisitudes, es hacer la historia de este Estado.

La otra idea creada por Atenas, fundamentalmente después de las guerras médicas (5), en lo que a política se refiere, es la unión de las ciudades de la Hélade.

La reacción de Atenas y Esparta ante la motivación de las guerras médicas definió, en cierta manera, la postura de ambos Estados en la fraternidad helénica. La aristocracia espartana negó su ayuda a Aristágoras (6), que si bien es cierto obraba en provecho propio, también lo es el que sus propósitos manifiestos representaban el anhelo de los jonios. Por su parte la democracia ateniense envió, irreflexiva (7), su apoyo a los sublevados. Y fue, ciertamente, la democracia, pues la posterior postura de neutralidad nació de los cambios de política en Atenas.

Estas actitudes se continúan después de las guerras médicas, pues la confederación peloponésica estaba basada en la unidad de régimen político (oligarquía), mientras que la liga ático-délica estaba en la unidad de raza y pretendía la colaboración económica para la defensa común, respetando la libertad de los gobiernos domésticos (8). En este tipo de colaboración y mutuo respeto se anclaba el

---

(5) Durante las guerras médicas fracasó la unidad helénica, pese a sus éxitos circunstanciales y a la confederación del istmo de Corinto, del 480. Pero Atenas sacó triunfante esta última confederación, después de terminadas las guerras, y transformándolas y ampliándolas, estableció la liga ático-délica del 477, primera gran realización de la idea panhelénica. El establecimiento de la liga ático-délica dividía la antigua confederación en dos troncos, uno jónico y otro dórico.

(6) Aristágoras, después de sublevar Mileto y otras ciudades jónicas contra los medos, marchó a Esparta para buscar el apoyo de aquel pueblo en favor de su causa. Expuso al rey Cleómenes su petición pintando con negros colores la trágica situación de aquellas ciudades griegas, oprimidas por el gran imperio asiático, pero Cleómenes no se dejó convencer y, pretextando la gran distancia que separaba Lacedemonia de Asia, negó su ayuda.

Después de su fracaso en Esparta se dirigió a Atenas y allí expuso a la Asamblea, como hiciera al rey Cleómenes, su petición de ayuda. Más fácil de impresionar la Asamblea que la oligarquía espartana, aquella se conmovió con el destino de las ciudades hermanas de la costa asiática del mar Jónico.

(7) La exclamación de Herodoto al relatarnos estos hechos: "Oh miserables naves y armada fatal, que fueron el principio de la común ruina de los griegos y bárbaros" (V,97) debe ser entendida en este sentido, es decir, que lo que Herodoto reprende a los atenienses no es que levantaran bandera en pro de la libertad griega, sino las consecuencias que habla de traer esta decisión.

(8) Cf. TUCIDIDES, I, 19. Este autor parece criticar la postura ateniense, pero ello no tiene nada de particular, dadas las ideas aristocráticas del historiador. La articulación de Aristides de la liga ático-délica estaba basada en la libertad y autonomía política de los confederados y el hecho de que las reuniones y los fondos de la liga estuvieron en Delos, muestra cierto criterio de descentralización por parte de Atenas.

sentido del ideal panhelénico de Atenas, al cual consagró lo mejor de sus potencias materiales y morales.

Ahora bien, estos ideales, democracia y unidad, no tuvieron en Atenas la necesaria pureza y generalidad y muchas veces fueron bastardeados y sometidos a intereses particulares. Sin embargo ellos, y el beneficio que a Atenas proporcionaron, fueron la causa del celo de los lacedemonios, que, aferrados a su política aristocrática y a su egoísmo peninsular, tenían necesariamente que chocar con los atenienses. Este choque terminaría con la grandeza de ambos estados, dando, al fin, la hegemonía a Macedonia.

Se ha repetido que la guerra del Peloponeso fue la lucha de dos sistemas políticos: democracia y aristocracia; de dos concepciones nacionales: el panhelenismo y la autarquía del Estado-ciudad. Sin embargo, es muy importante atender a la explicación que Tucídides nos da de la causa que provocó el gran conflicto bélico, para comprender plenamente su significado.

"Los atenienses, —nos dice Tucídides— al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, les forzaron a luchar" (9).

Hay en estas palabras una visión exacta del asunto. Ciertamente, Atenas se gobernaba por un régimen democrático y su concepción panhelenista se basaba en una colaboración económica y en el respeto a los gobiernos domésticos de los aliados; pero un innato orgullo la hacía considerarse la llamada a ser cabeza de la unidad helénica, lo cual infundía temor a Esparta. Quizá esto explique, como veremos, que la unidad helénica no llegue a realizarse sino cuando Atenas cede la dirección de esa unidad a otro Estado.

Una de las leyes que rigen la historia, según Tucídides, es la repulsa que los dominados sienten por los estados imperialistas, y también el afán desmedido de éstos; Atenas, para Tucídides, era un estado imperialista y por ello aborrecido por las otras ciudades de Grecia e insatisfecho siempre con los límites de su imperio. Ambas cosas llevaron a Atenas al desastre de la guerra del Peloponeso, pues con la muerte de Pericles se perdió la prudencia y tacto en el

---

(9) I, 23. Esta idea se repite en I, 88, tratando de demostrar que la ruptura de la paz de treinta años, firmada entre Esparta y Atenas después de la toma de Eubea (448), sólo fue el pretexto para hacer estallar la guerra. Aquella paz del 446 dió el imperio del mar a Atenas y el dominio de la tierra del Peloponeso a Esparta y se firmó precisamente cuando terminaba la concertada por Cimón en el 451, por cinco años.

trato con las otras ciudades, en lo cual se apoya la única posibilidad de hacer tolerable el imperialismo (10).

Pericles dió a Atenas su máximo esplendor y con él fue también el momento de mayor actualidad de los ideales de que veníamos hablando. Por el contrario, el fin de la guerra del Peloponeso representó la ruina de Atenas y también de sus ideales; precisamente por ello en el siglo IV coincide el esfuerzo por restaurar el esplendor del Estado con el de restaurar la vigencia de aquellos.

Ahora bien, para hacer justicia a la dolorida Atenas vencida por Esparta, es preciso reconocer que éste último Estado contó con dos aliados extraordinarios, a saber, la muerte de Pericles y el dinero persa. Y ésto es algo más que una frase, pues, en cuanto a lo segundo, el propio Tucídides nos cuenta cómo, desde antes de declarada la guerra, Esparta pensaba en la colaboración económica de Persia para ganarla (11); con relación a lo primero, la cosa resulta obvia, si se ha comprendido lo que el gran estadista representaba en aquellos momentos, para la democracia ateniense.

Pero, además, no puede olvidarse que la muerte de Pericles es consecuencia de la peste declarada en Atenas, la cual provocó, no sólo un extraordinario quebranto material, sino también, y lo que es más importante, un funesto relajamiento moral. Las páginas que Tucídides dedicó a este episodio serán siempre testimonio extraordinario de la desesperación de un pueblo, cuando la desgracia lo hace su presa. "Ningún respeto a los dioses ni ley humana los retenía, pues por un lado consideraban indiferente el ser o no ser piadosos, ya que veían que todos sin distinción perecían, y por otro, ninguno esperaba sufrir el castigo de sus crímenes viviendo hasta que se hiciera justicia, sino que creían que un castigo mucho mayor,

---

(10) TUCIDIDES, I,78, parte del discurso de los legados atenienses ante la Asamblea de los lacedemonios, con motivo del conflicto con Corinto; también II,63 parte del discurso de Pericles ya citado; III,37, discurso de Cleón ante su Asamblea, etc. En II, 65, señala cómo el gobierno de Pericles, aunque oficialmente era una demoracia, fue "en realidad un gobierno del primer ciudadano".

(11) Cf. TUCIDIDES I,82 en la transcripción del discurso de Arquidamo, rey de los espartanos, quien, después de escuchar a los legados corintios y atenienses en el conflicto del 423 y ordenar que se retirarán, pidió a los lacedemonios prudencia y tiempo para atraerse, como aliada, alguna potencia naval o económica, aunque fuera bárbara. Tal petición no fue escuchada entonces, pero buscó más tarde la colaboración económica del Rey y encontró su apoyo y, sobre todo, el del joven Ciro. La alianza del 412 mancilla, indiscutiblemente, a los sucesores de Leónidas (cf. el texto de los tratados en Tucídides VIII, 18 y VIII, 37, el primero de los cuales se concertó por medio de Tisafernes y Calceídeo).

ya votado, estaba suspendido sobre sus cabezas, y que antes de su ejecución era natural que gozasen un poco de la vida" (12).

Mas si los veintiseis años que duró la guerra fueron años de calamidades sin cuento para Atenas, éstas culminaron al fin de la contienda. De este momento (405/4) arranca la historia de Atenas en el siglo IV y es preciso, por ello, que lo consideremos con cierto detenimiento. La fuente que ha de guiarnos para realizar esta labor ha de ser Jenofonte. Mas al acercarnos a este historiador hemos de tener en cuenta que es un filolaconista, de aquellos salidos del círculo socrático, lo que debe hacernos considerar sus opiniones sobre ciertas actuaciones políticas de Atenas con reservas (13).

Ahora bien, la última batalla de la guerra del Peloponeso, la dada en la desembocadura del Egospótamos, en el Helesponto (405), es la última muestra de la falta de visión del gobierno ateniense, en los momentos de su decadencia política.

Los antecedentes de este combate es preciso buscarlos en el de las islas Arginusas, cerca de Lesbos (406). El triunfo ateniense en las Arginusas es consecuencia de un gran esfuerzo, el último realizado por Atenas en aquellas malhadadas guerras para salvar la escuadra que, al mando de Conon, había sido bloqueada en Mitilene. Para realizar el salvamento Atenas fundió — y puede entenderse simbólicamente la frase— todo cuanto de oro existía en su recinto.

Los espartanos, al mando de Calicrátida, sucesor de Lisandro, sufrieron una gran derrota; pero Atenas, por su parte, destituyó a los generales que en ella habían tomado parte, porque no recuperaron las armas deterioradas, los heridos y los muertos. Vueltos a Atenas, la Asamblea condenó a muerte a seis de aquellos, entre los que se encontraba Pericles, el hijo del gran hombre de Atenas (14).

(12) II, 53.

(13) Jenofonte luchó contra los atenienses, sus conciudadanos, en Queronea (394) y su filolaconismo no sufrió mengua alguna hasta que, desterrado de Atenas, vive en Elide cerca de Olimpia (390-387), y conoce más profundamente a sus amigos los lacedemonios.

(14) Cuando esto sucedió era pritáneo (πρότανς), por la tribu antióquida, a la cual pertenecía Sócrates. Platón en su "Apología" pone en boca de Sócrates unas palabras que recuerdan cuál fue la actitud de éste en aquél proceso, al tiempo que lo califica. Nos dice que se formuló contra toda ley, por haberse instruido contra los diez generales conjuntamente; que los mismos que lo siguieron se arrepintieron más tarde de su injusticia, y que Sócrates fue el único senador que se opuso a él en aquellos momentos (Cf. "Apología de Sócrates", 32b). Por otra parte es indudable que aquel proceso privó a la democracia de muchos buenos servidores.

Como consecuencia de ésto, el mando de la escuadra fue entregado a Conon que se vió libre del anterior proceso, para que lo compartiera con Adimonte y Filocles.

Después de este combate Esparta buscó, una vez más, la paz y Atenas desperdió la ocasión, siguiendo los consejos de Cleofón, funesto demagogo. Esta actitud de los atenienses permitió que Lisandro, sino oficialmente, al menos sí efectivamente, llevara a cabo un plan, muchas veces pensando por los espartanos, a saber, sitiar Atenas ocupando Decelia, al norte del Atica, para cortar la entrada por tierra, y el Helesponto, para impedir el suministro de trigo. Agís ocupó Decelia y Lisandro, que había recibido de manos de Ciro una gran cantidad de dinero y el mando de la escuadra (15) remozó ésta y se dirigió a Lámpsaco, donde después de saquear la rica ciudad, esperaron la llegada de la escuadra ateniense anclados en su puerto.

Los atenienses siguieron la escuadra espartana y fondearon en la desembocadura del Egospótamos, frente a Lámpsaco, en un lugar donde el Helesponto es bastante ancho. Los lacedemonios habían elegido una magnífica situación, ya que estaban anclados en el puerto de una rica ciudad; pero no les sucedía lo mismo a los atenienses, pues éstos debían tomar sus pertrechos de Sesto, demasiado distante de sus bases.

La perspicacia de Alcibíades, que vivía en Pactum, en el Queronesco Tracio, retirado desde el 407, comprendió la mala situación de sus conciudadanos y los propósitos de Lisandro. Ello le indujo a advertir a los generales Tideo y Menandro, sin que éstos prestaran atención a sus advertencias (16).

Los atenienses precisaban trabar combates prontamente, dada su incómoda situación, pero no así los espartanos. De aquí que los de Atenas se acercaran todos los días al puerto de Lámpsaco, dispuestos a la batalla, sin que los de Esparta se dispusieran a ella. Al quinto día de que la maniobra se repitiera, Lisandro esperó el regreso de la escuadra ateniense a sus bases y cuando comprobó que habían desembarcado y los soldados estaban dispersos, los atacó sin concederles el tiempo necesario para reaccionar.

(15) Oficialmente fue nombrado navarca Araco, ya que no era costumbre nombrar por dos veces al mismo, pero, cediendo a las peticiones de Ciro, fue nombrado lugarteniente Lisandro y a él se le confió el mando efectivo de las naves.

(16) Sobre este episodio es preciso tener en cuenta, no sólo lo que refiere Jenofonte (Hell. II, 1, 25 y ss.), sino también lo que refiere NEPOTE (*Vidas*, VII, 8) y PLUTARCO (*Vidas*, *Alci.* 36-37), incluso DIODORO (XII, 105).



De la escuadra ateniense sólo pudieron salvarse nueve naves (17), entre las cuales estaba la nave almirante (Paralos), que Conon pudo hacer ocupar por sus tripulaciones. En su huida, Conon mandó la nave Paralos a dar la noticia a Atenas, y con las ocho naves restantes, se dirigió a Chipre, para refugiarse en la corte del rey Evágoras.

Lisandro no desperdició un momento la fuerza del triunfo. Envió noticias de lo sucedido a los reyes espartanos: a Agélis, en Decelea, y a Pausanias, en Esparta. A ambos les informó de que se dirigía a Atenas, para estrechar el cerco. Con propósito de secundarle, Pausanias marchó por tierra sobre la primera ciudad del Atica, acampando en el bello recinto dedicado al héroe Academos, lugar en el cual, algunos años más tarde (387), Platón instalará su escuela.

Llegado a Atenas, Lisandro bloqueó el Pireo y Falero, quedando así sitiada Atenas por tierra y por mar. Esto sucedía al final del otoño del año 405.

Los meses que siguieron a estos acontecimientos fueron los más dramáticos que sufriera nunca la ciudad, cuna de la civilización occidental. Independientemente de su gravísima situación interna, hambrienta y atestada de ciudadanos que Lisandro había hecho volver a ella (18), Atenas debía sufrir ahora las iras de sus enemigos en la guerra, los aliados espartanos (19) e, incluso, las de sus propios aliados, que comenzaban a dejar de serlo. Era el juicio de vencedores contra vencidos, cuando el odio no está dulcificado por ninguna forma de piedad. Jenofonte también despiadadamente nos dice: "Entonces los atenienses, sitiados por tierra y mar, no sabían

(17) Después de la batalla de las islas Arginusas, la flota Ateniense estaba reducida a 165 naves, pero en esta ocasión, además de las nueve salvadas a que se refiere Jenofonte (*Hell.* II, I, 28), es preciso contar con las doce de que habla Lisias (XXI, 9-11), igualmente salvadas, que regresaron a Atenas. Esta referencia la confirma Isócrates (XVIII, 59).

(18) Lisandro no concedió salvoconducto a los atenienses, que encontró en las diversas ciudades por las que pasó en su viaje de regreso a Pireo, desde el Helesponto, pasando por Lesbos, sino para volver a Atenas. Con ello quería, y lo consiguió, hacer que las reservas alimenticias de Atenas se agotaran rápidamente (Cf. JENOFONTE, *Hell.* II, II, 2).

(19) Cuando Lisandro, después de la batalla, reunió las naves apresadas a los atenienses y los soldados cautivos, propuso a deliberación cuál debía ser su suerte. Los aliados de los lacedemonios acusaron, en nombre de viejos rencores, basándose en cuantas acciones, de mayor o menor crueldad, habían ejecutado los atenienses a lo largo de los veintisiete años de guerra e, incluso, recordaron las amenazas proferidas por el vencido Estado, aunque no llegaran a cumplirlas. Todos los prisioneros fueron ejecutados, incluso Filoches, salvándose Adimante. (Cf. JENOFONTE, *Hell.*, II, I, 31-33).

que hacer, no disponiendo de naves, ni de aliados, ni de trigo; pensaban, en efecto, que no habría salvación alguna sino pagar cuanto habían hecho, no en justo castigo, sino por orgullo, cometiendo injusticias con los ciudadanos de las pequeñas villas, y por ninguna otra causa que porque eran aliadas de sus enemigos" (20).

Pese a todo Atenas resistía. Pero la historia no ha hecho concesión alguna a las virtudes de los atenienses por esta resistencia. Por el contrario, la ha considerado fruto, únicamente, del miedo.

Mas la situación era tan desalentadora, que la resistencia debía cesar. Por ello enviaron legados a Agís, en Decelia, ofreciendo su alianza a cambio de la paz. Pero Agís se excusó declarándose falto de autoridad para concertar aquella paz, indicando a los legados que se entrevistaran con los Eforos. Estos, por su parte, no dejaron llegar a los legados a la ciudad, salvo que propusieran otra fórmula que la presentada a Agís.

En estos momentos surge la figura de Theramenes, personaje al que no podemos dejar de ver con simpatía. Ciertamente que tiene una actuación difícil de juzgar en la caída de la democracia del 411, como consecuencia de las maquinaciones de Alcibiades (21); pero, sin embargo, los resultados de su gobierno fueron francamente beneficiosos para Atenas.

Durante su mandato triunfaron los atenienses en Cynossema (en el Helesponto) y en Cízico, en la primavera del 410, al mando de Alcibiades, nuevamente admitido en Atenas (22). Estas victorias hi-

(20) JENOFONTE, *Hell.*, II,II,10.

(21) Es éste, la revolución política del 411, un episodio muy oscuro de la historia de Grecia. Siguiendo a Tucídides todo él es consecuencia de las maquinaciones de Alcibiades, que deseaba volver a Atenas, porque su situación con el rey Agís de Esparta, era peligrosa. Alcibiades esgrimió, para convencer a los oligarcas atenienses a sublevarse, el argumento de que Persia ayudaría a la oligarquía de Atenas contra Esparta, su aliada en aquel momento. Tucídides, que nos ha narrado estos acontecimientos del 411, (Li. VIII, caps. 45 y ss.) interrumpe bruscamente su historia con ellos. Ulrich Wilcken fundamentó una interpretación en el mismo sentido que Tucídides, pero ni él mismo está convencido de la total exactitud de su postura. (Cf. U. WILCKEN, *Zur Oligarchischen Revolution in Athen vom J. 411 vor Chr.* Sitzungsberichten Preuss. Akad. 1936, III)

(22) Es el gobierno de Theramenes el que propuso a votación un decreto, no rehabilitando a Alcibiades, pero sí autorizándole a entrar, para que pudiera rehabilitarse. Para lo concerniente a Alcibiades, Cf. JEAN HATZFELD, *Alcibiades. Etude sur l'histoire d'Athènes à la fin du ve. siècle.* Ed. P. U. F. Paris 1951. La narración de estos hechos la encontrará el lector en las páginas 256-260 y lo correspondiente a la batalla de Cízico en las págs. 270-276. Independientemente de todo, es indudable la pujanza alcanzada por la escuadra ateniense al mando de Alcibiades.

cieron que Esparta ofreciera la paz, que los atenienses, movidos por Cleofón, demagogo y demócrata radical, al que ya hemos llamado hombre funesto para Atenas, rechazaron.

Indudablemente aquella revolución oligárquica, a los cien años de gobierno demócrata, fue una traición al pueblo ateniense. Ahora bien, Theramenes era un oligarca moderado y un hombre de bien, y no creemos que interviniera en los desatinos políticos y humanos del 411 (23). Más bien su intervención fue para remediarlos. Tucídides nos dice que fue Pisandro, quien con más ardor contribuyó a arruinar la democracia y quien hizo la propuesta de la nueva forma de gobierno (24); después cita a Antifón y Frínico, y finalmente a Theramenes (25).

En fin, sea como fuere, lo cierto es que Theramenes, como cabeza de la oligarquía moderada, gobernó en Atenas desde Septiembre del 411, fecha en que cae el "Consejo de los Cuatrocientos" (26), hasta el verano del 410, en el cual es restaurada la democracia (27).

(23) Al iniciar Alcibiades sus manejos, las *societates secretas* formadas por oligarcas crearon en Atenas un clima de terror, por sus brutales asesinatos políticos, cuyas dimensiones conocemos bien por las comedias de Aristófanes "Lisístrato" y "Las Tesmoforias". Esto sucede a principio del 411, entre febrero y abril. Para conocer el papel desempeñado por Theramenes en la caída de la democracia, puede consultarse la acusación que le hace Critias el año 404 y la respuesta del propio Theramenes en Jenofonte, *Hell.*, II, III, 24 y ss.

(24) Pisandro, apoyado por las armas de los revolucionarios, consiguió que la Asamblea aceptara el nombramiento de una comisión de treinta comisarios, encargados de revisar la Constitución en beneficio de la ciudad. En junio se convocó la asamblea en Colona —donde Sófocles quiso que muriera su Edipo para hacer Atenas inexpugnable— en el santuario de Poseidón, fuera de los muros de Atenas, contra todo uso y, coaccionada por los oligarcas y sus tropas, se estableció un gobierno de los *hombres más capacitados*, cuyo número se fijó en cinco mil; y un Consejo de cuatrocientos miembros, con poderes ilimitados, que podían convocar, si lo consideraban oportuno (lo cual no sucedió nunca), la Asamblea de los cinco mil. (Para este punto, Cf. JEAN HATZFELD, *O. c.*, pág. 240-244. Aristóteles, en su "Constitución de Atenas", ha mostrado como legales estas instituciones y afirmó "que la constitución fue buena para estos tiempos, pues habiendo guerra, correspondía el poder a los hoplitas" (32,2).

(25) Dice de Theramenes: "También Theramenes, hijo de Hagnón, fue uno de los principales de los que derribaron la democracia; era un hombre bien dotado para la palabra y la acción" (VIII,68).

(26) El movimiento de restauración demócrata vino de Samos y una de sus principales cabezas fue Trasíbulo. Sin embargo, y quizá por ello, la democrática isla recibió a Alcibiades, enfrentándose con la metrópoli. Mientras tanto, en Atenas, los cuatrocientos seguían su gobierno absoluto, granjeándose el odio del pueblo, que al fin pidió se convocara la Asamblea de los cinco mil, de la cual salió la oligarquía moderada.

(27) Es Cleofón, fabricante de liras y jefe de la democracia radical, a quien hemos llamado funesto demagogo, quien consigue derrocar la oligarquía en el 410, porque era partidaria de la paz que Esparta proponía. Consiguió, pues, vencer la oligarquía a costa de continuar la guerra.

En las Helénicas de Jenofonte aparece Theramenes como general, peleando junto a Trasíbulo, en la batalla de Cízico, e igualmente en la de las Arginusas, siendo ambos trierarcas. Precisamente en esta última batalla les fue encomendada a ellos la labor de intentar el salvamento de los barcos perdidos y de sus dotaciones, lo que no pudieron hacer por desencadenarse una gran tempestad (28). Este compartir el puesto de estratega y triearca con Trasíbulo en distintas batallas, nos hace suponer que las ideas de ambos no debían ser tan dispares como pudiera parecer y, desde luego, que ambos eran hombres valerosos y nobles.

De la buena intención de Theramenes no puede dudarse (29). En la ocasión que ahora nos preocupa es manifiesta, ya que su único propósito era conseguir la paz de Atenas.

Dada la situación de la ciudad, sitiada por hambre, y el temor de los atenienses a que los lacedemonios hicieran derribar sus murallas, para reducirlos a la esclavitud, forjó un plan y pidió, para aclarar lo que los espartanos pretendían, que se le nombrara legado, para estipular la paz. Conseguido ésto, a comienzos del 404, marchó a entrevistarse con Lisandro, permaneciendo junto a él casi cuatro meses, para provocar que la situación de Atenas fuera insostenible. Al cuarto mes volvió y propuso a la Asamblea ser enviado a Esparta con plenos poderes, para concertar la paz con los Eforas. Y a Esparta fue, acompañado de otros atenienses, para concertar la paz, librando a la gran ciudad de la esclavitud.

Las condiciones de la paz se las dieron en la respuesta de los lacedemonios a su alegato, que Jenofonte transcribió así: "Los lacedemonios dijeron que no reducirían a la esclavitud a una ciudad helena, que en los más críticos peligros que amenazaron a la Hélade, le habían prestado un gran bien, sino que harían la paz a condición de que se desmolieran los muros largo y el Pireo, entregarán, menos doce, todas las naves, dejarán volver a los desterrados y, te-

(28) Cf. para la batalla de Cízico: *Hell.* I, I, 12-22. Para la de las Arginusas: *Hell.* I, IV, 35.

(29) El siguiente juicio de Aristóteles nos parece definitivo: "Acerca de Theramenes, como ya en su tiempo era desordenado el gobierno, hay disputa sobre el juicio. Parece, según los que no andan en juicios sin fundamento, que no hay que acusarle de disolver todos los gobiernos, sino que a todos los sostuvo hasta el punto en que se salieron de la ley, como hombre que podía gobernar con todos, lo cual es obra de buen ciudadano; mas en cuanto se salían de la ley, no los consintió, aunque le costó hacerse odioso" (*ARIST., Const. de At.* 28,5).

niendo a los mismos que los lacedemonios de amigos y enemigos, los siguieron, por tierra y por mar, a donde quiera que los llevaran" (30).

Y con estas condiciones volvieron a Atenas, donde de hambre morían los ciudadanos, y la Asamblea después de escuchar a Theramenes, decidió aceptarlas. Cruelles condiciones que inmediatamente se cumplieron, porque Lisandro, que esperaba en el Pireo, entró en la ciudad y obligó a cumplirlas.

Plutarco, en la vida de Lisandro, nos cuenta este episodio terrible de la Historia de Atenas, con palabras que destacan las razones de la actuación de Theramenes. Relata que, cuando éste expuso las condiciones de la paz a la Asamblea, un joven demagogo, Cleómedes, le interrumpió inquiriéndole cómo se atrevía a proponer lo contrario que Temístocles, a lo que repuso Theramenes: "Nada de eso, oh joven; yo no obro en oposición con Temístocles pues si él, para la salvación de los ciudadanos, levantó estas murallas, por la misma salvación las destruimos nosotros" (31).

Así terminaba la guerra del Peloponeso. Lisandro mandó llevar de la ciudad tañedores de flautas y "al son de la flauta arrasó los muros e incendió las naves". Atenas, la gran ciudad de la Hélade, debería renacer de entre sus escombros y muertos.

## 2.—El siglo IV: *El renacer de Atenas.*

Con ser tan grandes los daños materiales que sufrió la gran ciudad del Atica, como consecuencia de la paz con Esparta, no fueron éstos lo peor que de aquella paz se derivó. Y esto porque, entre sus condiciones, se estipulaba también que la ciudad se gobernaría por sus antiguas leyes (*πάτριος πολιτεία*), lo que estableció el problema de la determinación de cuales eran aquellas leyes antiguas. Este incidente fue aprovechado por los oligarcas, para apoderarse, una vez más, del poder.

Ciertamente que, ya antes, inmediatamente después de la batalla de Egospótamos, varias de las sociedades secretas oligárquicas se conjuraron y nombraron una junta de cinco miembros, que fueron

(30) *Helle*, II, II, 20.

(31) *Lisandro*, XIV.

llamados éforos, entre los que se hallaban Critias y Eratóstenes (32). Mas después, establecida la paz, Theramenes (33), indudablemente por presiones de los oligarcas, retardó el convocar la Asamblea hasta que Lisandro, volviendo de Samos, acudió con su escuadra en favor de los conjurados. Y estando presente Lisandro se convocó la Asamblea y, a propuesta de Dracóntides y con la ayuda de Theramenes, se nombraron treinta representantes de la oligarquía, para que gobernaran la ciudad y recopilaran las leyes que debían regirla.

Pero esto último se convirtió en un pretexto, que ocultaba una clara tiranía de aquellos "treinta". Tiranía cruel, que pronto necesitó, para sostenerse, el apoyo de las armas, que le fueron solicitadas a Lisandro asegurándole, para convencerle, que era necesario una guarnición que protegiera la oligarquía en formación (34).

Las dos cabezas políticas fundamentales de aquellos treinta tiranos eran Theramenes y Critias. Este último era primo de Pirictione, madre de Platón, y por tanto tío segundo del filósofo, y Cármi-des, uno de los diez del Pireo, era hermano de aquella y, en consecuencia, tío carnal de Platón. Pese a lo cual el fundador de la Academia no estuvo de acuerdo con la política seguida por aquellos, como se deduce de este texto de la Carta VII: "Al frente de este movimiento revolucionario se intauraron como caudillos cincuenta y un hombres; diez en el Pireo y once en la capital, al cargo de los cuales estaba la administración pública en lo referente al ágora y a los asuntos municipales, mientras que treinta se instauraron con plenos poderes al frente del gobierno en general. Se daba la circunstancia de que algunos de éstos eran allegados y conocidos míos, y en consecuencia requirieron al punto mi colaboración, por entender

(32) Cf. LISIAS, *Discursos*, XII, 43-45.

(33) Cf. LISIAS, *Idem*, 71 y ss. Lisias, en su discurso contra Eratóstenes, uno de los causantes de la muerte de su hermano, ataca duramente a Theramenes por estos acontecimientos, indudablemente para evitar que el acusado se refugie en la postura moderada de este último.

Es preciso tener ciertas reservas con los juicios de Lisias, ya que, si bien siempre fue un decidido demócrata, lo fue mucho más después del asesinato de su hermano Polemarco —él se salvó huyendo a Megara— y de la confiscación de los bienes de ambos, por esta oligarquía del 404. A tal punto llegó su ardor político que patrocinó a Trasíbulo, entregándole armas de su propia industria era fabricante de ellas— y dinero. Finalmente se incorpora al ejército de Trasíbulo y entra triunfante en Atenas el dos de Septiembre del 403. Más tarde se sentirá defraudado por la restaurada democracia.

(34) Lisandro consiguió de los espartanos que fuera enviada una guarnición con Calibio de Hamosta, la cual secundó los crímenes proyectados por los "treinta".

que se trataba de actividades que me interesaban. La reacción mía no es de extrañar, dada mi juventud; yo pensé que ellos iban a gobernar la ciudad sacándola de un régimen de vida injusto y llevándola a un orden mejor, de suerte que les dediqué mi más apasionada atención, a ver lo que conseguían. Y ví que en poco tiempo hicieron parecer bueno como una edad de oro el régimen anterior" (34 bis).

Algo parecido le pasó al noble Theramenes que pronto dejó de estar de acuerdo con el modo de actuar de Critias, despótico y sanguinario. Jenofonte narra la reacción del hijo de Hagnón ante las injusticias del gobierno de los "treinta" y el duelo dialéctico de su

Crítias, indicar cuándo yo, con los del pueblo o con los tiranos, intenté despojar de sus derechos políticos a los honrados y buenos, dilo, pues, si fuere reconocido, bien de que lo hago ahora, bien de que lo hice anteriormente alguna vez, confieso que moriría justamente entre los últimos suplicios" (38).

Crítias no podía demostrar ante la Asamblea la falta de equidad de Theramenes, ni señalar crímenes por él cometidos; por ello, sin esperar la necesaria votación, procedió a lo que podemos llamar con plenos motivos, su asesinato (39).

La muerte de Theramenes, para nosotros, es el símbolo de la total derrota de Atenas, como será el signo de su resurgir la muerte de Crítias.

Los meses que siguieron a este luctuoso suceso fueron de total desenfreno de la tiranía. Se sucedieron sin interrupción crímenes y destierros, detenciones y robos (40).

Pero, sin embargo, estos desmanes favorecieron, indudablemente, los planes del restaurador, por segunda vez, de la democracia ateniense, dado que con ellos la oligarquía se había ganado el odio de toda la ciudad.

Trasíbulo, después de su destierro, se había refugiado en Tebas (41) y desde esta ciudad, al mando de un grupo de atenienses reclutados de entre los desterrados por la oligarquía (42), va a iniciar la reconquista, marchando sobre la fortaleza de File.

No es necesario que sigamos la marcha de guerrillas del grupo de los restauradores de la democracia, que crecía de día en día, ya

(38) JENOFONTE, *Hell.* II, III, 49.

(39) Crítias comprendió que Theramenes saldría absuelto si esperaba la votación de los "tres mil" (votación que era preceptiva, pues ninguno de los hombres comprendidos por los "treinta" y los "tres mil", podía ser ejecutado sin la votación en contra de sus compañeros, en el gobierno activo de la ciudad); por lo cual apoyándose en la autoridad de los "treinta" decidió su muerte. En este momento Jenofonte juzga admirable a Theramenes, por el hecho "de que, ante la inminencia de la muerte, no se ausentase de su alma la tranquilidad de espíritu y el buen humor" (III, III, 56).

(40) Cf. JENOFONTE, *Hell.* II, IV, 1.

(41) Esparta había establecido que los fugitivos de Atenas después del 404, podían ser reclamados y repatriados de cualquier parte, quedando fuera de los tratados las ciudades, que quebrantaron esta orden. Pese a ello, los tebanos no la aceptaron y dieron asilo a muchos atenienses e, incluso, ayudaron a Trasíbulo con armas y dinero, para iniciar su campaña. Cf. PLUTARCO, *Lisandro*, XXVII.

(42) Según JENOFONTE (*Hell.* II, IV, 2) eran setenta los atenienses que secundaban a Trasíbulo. CORNELIO NEPOTE (*Vidas*, VIII, II, 1) aseguraba que, en el asalto a File, le acompañaban treinta de los suyos. (Cf. P. CLOCHE, *La restauration démocratique à Athènes*, Paris 1915, págs. 13-15.)



que lo realmente importante es que, habiendo obligado a los "treinta" y sus hombres a refugiarse, primero en Eleusis, en Mayo del 403 (43), les forzaron, más tarde, a entablar batalla cerca de Muniquia, donde habían organizado su formación los demócratas. El triunfo en esta contienda fue de estos últimos, y en ella murieron Crítias e Hipómaco, ambos representantes de los "treinta", y otros muchos de sus filas. La batalla la ganó el ardor de los demócratas, esperanzados porque la victoria les devolvía, como Trasíbulo les había dicho, "patria, libertad y honores, y a quienes los tienen, hijos y esposas" (44).

Terminada la lucha, Cleócrito habló a los que peleaban al lado de la oligarquía, para hacerles comprender lo absurdo de aquella guerra civil y, sobre todo, por defender el gobierno de los "treinta", "monstruos despiadados que, por ventajas personales, faltó poco para que dieran muerte en ocho meses a más atenienses que todos los del Peloponeso en diez años de guerra" (45).

Los "treinta" fueron desautorizados en Atenas y se nombró un gobierno de diez hombres, elegidos de entre los "tres mil". Con esto la situación quedó dominada por tres grupos: los ciudadanos que vivían en el recinto de Atenas, estaban gobernados por los "diez"; los "treinta" continuaban refugiados en Eleusis, y los hombres de Trasíbulo, que se establecieron en el Pireo y Muniquia.

Se mantenía una alerta total en cada uno de estos tres puntos. El pueblo de Atenas vivía desconfiado, temiendo por su situación y acrecentando su odio por la oligarquía. Los demócratas (46) confia-

(43) No entramos en el llamado "asunto de Eleusis", pero en la obra citada en la nota anterior de P. Clodé, cap. 14 de la primera parte, puede encontrar el lector un interesante estudio crítico del mismo. Lo que importa es hacernos cargo de que los "treinta" se refugiaron en Eleusis, temiendo un desastre definitivo y que, para comprometer a los "tres mil" y asegurarse su apoyo, les anunciaron un veredicto de muerte contra los eleusinos.

(44) JENOFONTE, *Hell.* II, IV, 17.

(45) JENOFONTE, *L. c.*, 21.

(46) Al referirnos a los hombres establecidos en el Pireo y Muniquia, con el apelativo "los demócratas", es preciso hacer alguna aclaración. Los hombres más importantes, cuyos nombres nos han llegado, que componían el grupo revolucionario restaurador, son los siguientes: Trasíbulo, reconocido demócrata; Epícrates, también demócrata indudable; Aísimos, es posiblemente un moderado, un theramenista, más que un demócrata viejo; en igual situación están Ergocles, Trasíbulo de Collytos y Queresón; Anytos, puede ser considerado un demócrata, pero moderado; Arquinos, dejó una clara fama de hombre de Estado, pero no puede decirse que fuera un demócrata; Formisios, era un theramenista; etc. Con esto queremos decir que en el grupo de Trasíbulo convivían los demócratas.

ban cada día más en su triunfo definitivo y alargaban sus incursiones hasta el pie de los muros de Atenas. Los "treinta", refugiados entre los atemorizados aleusinos, se veían condenados a la derrota.

Así las cosas, el gobierno de los "diez" (47) por su parte, y los "treinta" desde Eleusis, por la suya, pidieron ayuda a los lacedemonios, y personalmente a Lisandro, quien consideró muy fácil reducir a los del Pireo, si se les atacaba por tierra y por mar. Lisandro pensó que era esta una gran oportunidad para obtener él un resonante triunfo en Atenas y lograr con ello el favor de la ciudad.

Ilusionado con este propósito, ayudado por su hermano Libis como navarca, obtuvo de los Eforos la autorización y el dinero para poner en práctica su plan. Pero Pausanias adivinó los proyectos de Lisandro y decidió frustrarlos, para lo cual convenció a tres de los Eforos de que se le permitiera intervenir en el conflicto de los atenienses y, al frente de sus tropas y de otros aliados, salió hacia Atenas, dispuesto a ayudar a los restauradores de la democracia en contra de Lisandro.

Mas esto no podía realizarlo abiertamente, pues hubiera sido considerado traidor a la oligarquía; de aquí que presentara batalla a los del Pireo, aunque éste no quebrantó su decisión de ayudarlos.

Después de derrotarlos en una escaramuza, les indicó, secretamente, cómo y en qué condiciones debían solicitar la paz, para obtener la mejor posición.

Pero no fueron sólo los del Pireo quienes pidieron la paz, sino también los de la ciudad. Y bajo la vigilancia de Pausanias, fueron reunidos quince legados (diez, según Aristóteles), representantes de todos los partidos, que mandaron a Esparta, acompañados del rey, para acordar con los Eforos una forma de convivencia pacífica, que sólo resultaría perjudicial para los "treinta".

Acordada la paz basada en la común sumisión a Lacedemonia e, indudablemente, vencedores los representantes del pueblo, se convocó una Asamblea, de la que Trasíbulo sacó triunfante el gobierno por las antiguas leyes, pero ahora por las realmente patrias, por la

---

decididos, los moderados, los theramenistas, es decir un grupo muy variado en cuanto a ideas políticas, que no tenían otra unidad que la de estar formados por hombres que habían sido desterrados por los "treinta", por su oposición al gobierno que ellos representaban.

(47) Sobre el problema de si hubo una o dos decarquías y sobre si fue la segunda la que negoció la paz, confróntese la obra citada de P. CLOCHE, capítulo X de la primera parte.

democracia, representada por la constitución de Clístenes. Sólo quedaba fuera del dominio Eleusis, que debía permanecer en poder de los que no aceptaban la vieja constitución, puesta íntegramente en vigor. Pero esto sólo durante dos años, que es lo que tardaron los atenienses en reconquistar aquel burgo.

Esto sucedía siendo arconte Euclides, al final del verano del 403. Aristóteles nos cuenta (48) estos acontecimientos y nos transcribe el texto de los acuerdos establecidos por la Asamblea, ante la cual los de Rinon, es decir, los de la ciudad, que habían tomado el cargo en oligarquía, rendían cuentas en democracia.

El texto de los acuerdos significó una amnistía general. "Por las cosas pasadas nadie podía ya pedir castigo contra nadie, excepto contra los "treinta" y los "diez" y los "once" y los que mandaban en el Pireo; y ni aun contra éstos, si rendían cuentas" (49).

Ahora bien, no debemos pensar que la restauración de la democracia (50) hizo que las cosas volvieran a la situación que tenían anteriormente a las guerras del Peloponeso; ni que la nueva democracia pudiera parangonarse con la anterior, con la democracia de Clístenes y Pericles. En manera alguna debe pensarse ésto; los años de cruenta guerra con Esparta dejaron en el espíritu de Atenas y en sus ciudadanos una terrible impronta, que la gran ciudad ática nunca supo superar.

Y para caracterizar el nuevo estado político y social de Atenas, vamos a referirnos a tres acontecimientos, que creemos lo reflejan muy acertadamente y que, por otra parte, tuvieron lugar entre la fecha de la restauración y la "Paz del Rey", que marca el inicio de otro nuevo período.

### 3.—El Siglo IV: *Atenas y la ayuda persa.*

Los dos primeros acontecimientos, a que queremos referirnos, están íntimamente ligados al título de este epígrafe. Ambos pudie-

(48) ARISTÓTELES, *Constitución de Atenas*, 38, 4 y ss.

(49) ARISTÓTELES, *O. c.*, 39, 6.

(50) Aristóteles refiere (*O. c.*, 41 y ss.) la reorganización de la democracia después de la paz, durante el arcontado de Pitodoro. Para la comprensión de estos hechos sigue siendo, a nuestro juicio, el mejor análisis, el que realiza P. Cloché, en la obra ya citada, capítulos XI y XII de la segunda parte. En ellos estudia, minuciosamente, las consecuencias de la amnistía en la reorganización de la democracia y el establecimiento de los derechos de ciudadanía, dedicando gran atención a los proyectos de Formisio y Trastíbulo.

ron suceder por el giro que tomó la política de Esparta que, con el entusiasmo de la victoria, no se dió perfecta cuenta que su poder nacía, fundamentalmente, de su alianza con Persia, por un lado, y por otro, con la de Dionisio I de Siracusa (51).

Como atinadamente pensó Aristóteles, Esparta no estaba preparada para ser cabeza de la Hélade (52). Pronto se encontró a solas con su victoria. En palabras de Jenofonte, "los griegos solían dirigirse en otro tiempo a Lacedemonia para suplicarles fueran sus caudillos contra los que, al parecer, obraban injustamente; mas ahora muchos son los que *mutuamente* se llaman en ayuda, para impedir que vuelvan éstos a mandar" (53).

Los acontecimientos se sucedieron velozmente para Esparta, después de su triunfo sobre Atenas.

Es primero su choque con Persia, por apoyar a Ciro el Joven, como pago a la larga amistad sostenida por éste con Lisandro y sus repetidas ayudas a Esparta. Ciro exigió que sus antiguos favores le fueran pagados ahora en forma de ayuda militar a su causa, es decir, a sus pretensiones al trono, que desde la muerte de su padre (40), desempeñaba su hermano Artajerjes Mnemon. Es éste el origen de la expedición de Clearco, que después de la muerte de Ciro en Cunaxa (401), debió regresar a Grecia al mando de Jenofonte, que la inmortalizó en su *Anábasis*.

La actuación de Esparta en favor de Ciro fue bien conocida en Susa, aunque la reacción persa se hace sentir inmediatamente en las ciudades griegas de Asia Menor, entre las que habían sido recluta-

---

(51) Los siracusanos fueron aliados de los espartanos durante la guerra del Peloponeso y enviaron una escuadra al mando de Hermócrates, que fue aniquilada en Clizicos (410). Precisamente la pérdida de esta escuadra puso en peligro la situación de Siracusa, que había venido siendo la defensora de la Grecia Occidental de la presión de los cartagineses, quienes trataron de aprovechar este momento, para reanudar sus ataques a Sicilia, apoderándose y destruyendo algunas ciudades, poniendo así la isla en gravísima situación. De ella la sacó Dionisio I, que se proclamó tirano de Siracusa (405-367), y consiguió hacer poderosa esta ciudad y a Sicilia baluarte contra el poder de Cartago. Dionisio fue aliado de Esparta continuando la tradición de la ciudad.

(52) "Los lacedemonios se sostuvieron mientras guerrearon, pero se derrumbaron en cuanto alcanzaron la supremacía, por que no sabían disfrutar de la paz ni habían cultivado ningún otro ejercicio superior al de la guerra" (*Política*, 1271 b).

(53) El texto pertenece al capítulo XIV de la "República de los Lacedemonios" (6-7), cuya problemática es bien conocida. Pero independientemente de ello, la opinión que expone es perfectamente clara si se considera que está escrito algunos años después de los triunfos espartanos del 404, quizá hacia el año 380 o 375.

dos los mercenarios, que apoyaron al príncipe rebelde. Tisafernes, general supremo del Gran Rey, amenazó a estas ciudades que, desamparadas ahora de Atenas, solicitaron la ayuda de Esparta, y esta ciudad, que no acudió en su auxilio un siglo y medio antes, acude ahora declarando la guerra a Persia (54), a la que indudablemente creían debilitada por las luchas dinásticas y la reciente sublevación de Egipto (404).

Esta guerra (55) tuvo importantes consecuencias en la política internacional de aquel momento. Es la primera, que Egipto, que buscaba aliados en Grecia para continuar su lucha contra Persia, dado el cambio de postura adoptado por Esparta y Atenas con relación al Gran Rey, se inclina por la primera y no por la segunda, que fue su aliada de siempre.

La segunda consecuencia, que es la que más interesa a nuestro tema y el primer acontecimiento a que nos queríamos referir, es que Persia trata de obtener la alianza de varias ciudades griegas para, enfrentándolas con Esparta, debilitar la postura de ésta en Grecia.

Era la única posibilidad que tenía de expulsar a Agesilao de Asia. Y así envió a un tal Timócrates de Rodas, con la orden de re-

---

(54) Es difícil determinar los motivos que impulsaron a Esparta a declarar la guerra a Persia. Por supuesto no debe considerarse este acto como manifestación de un sentimiento de fraternidad con las ciudades griegas de Asia, sino una consecuencia de su nueva postura, que le llevaba a la necesidad de mantener una hegemonía también entre aquellas ciudades.

(55) La guerra comenzó en el 400 y durante este primer período fue general de los ejércitos espartanos en Persia. Thibron, durante el siguiente año (399) lo fue Dereylidas, hasta que se establece entre él y Tisafernes y Farnabazos una tregua que se acordó en el santuario de Artemisa en Leucofrin (397). Hasta este momento la guerra se desarrolla en tono menor y con diversa suerte, pero, hecho general Agesilao, adquiere importancia y supone una sucesión de triunfos espartanos, hasta que el rey fue llamado por los Eforos en ayuda de las luchas que Esparta mantenía dentro de Grecia.

Agesilao era hermanastro de Agis, rey que había compartido el trono de Esparta con Pausanias durante la guerra del Peloponeso, y ambos hijos de Arquidamo descendiente de Eurístenes; Agis, hijo de Lampito, había sucedido a su padre, por ser el mayor, pero a su muerte, sucedida después de la paz con que dió fin la guerra de Elis (398/397), no pudo sucederle su hijo Leotíquidas, porque había sido denunciado por él como hijo de adulterio de su mujer Timea con Alcibiades. De aquí que Lisandro pudiera intrigar, para que fuera nombrado rey el segundo hijo de Arquidamo, fruto de su unión con Eupolia.

También por intrigas de Lisandro fue encargado de la guerra en Persia, poco después de haber sido nombrado Rey. Lisandro consiguió acompañarle como uno de sus treinta consejeros, pero el prestigio de éste en Grecia pronto provocó roces con el Rey (Cf. PLUTARCO, Agis. I-VI y el gran panegírico que de este gran rey hace CORNELIO NEPOTE: XVII, IV, 2,4; también JENOFONTE, III, III. todo el capítulo).

partir dinero entre los demagogos más destacados de cada ciudad (56), para que muevan a éstos a luchar contra Esparta. La consigna fue cumplida y los objetivos alcanzados, lo que hizo que Agesilao dijera que había sido expulsado de Asia por el Rey, con treinta mil arqueros, refiriéndose a la figura acuñada en la moneda persa.

Según nos cuenta Jenofonte, fueron los jefes políticos de Tebas los primeros que se dieron cuenta de que era preciso romper las hostilidades, para que el plan diera sus frutos. Pero no es nuestro propósito continuar con los detalles de los acontecimientos político-militares que se sucedieron. Es suficiente que sepamos que los tebanos se procuraron la amistad de los atenienses, tratando de borrar los acontecimientos pasados, y que con ellos consiguieron la victoria sobre los espartanos, cuyos trofeos, según Jenofonte, existían todavía cuando narra estos acontecimientos, cerca de la puerta de Haliartos (395).

En esta batalla murió Lisandro y fue el motivo de que se uniera a la alianza de Tebas y Atenas, Corinto, Argos y otras ciudades; también de que Pausanias solicitara una tregua y abandonara la Beocia, lo que le trajo grandes dificultades en su patria; finalmente, de que los lacedemonios pidieran a Agesilao su inmediato regreso (57).

Del otro importante hecho de estos años es, igualmente, protagonista el oro persa. El Gran Rey, siguiendo su política de soborno en busca de aliados, había entregado a Conon los recursos necesarios para que preparara una fuerte escuadra.

Sobre el origen de esta colaboración entre Artajerjes y Conon, Plutarco nos dice, en la vida del primero, que la idea nació de Conon, quien escribió al rey persa con su propuesta de formar una es-

---

(56) La historia nos ha transmitido algunos de los nombres de estos demagogos comprados por Persia: En Tebas, Androcledas, Ismenias, Galaxiodoros, Timolaos y Poliantes; en Atenas: Epícrates y Kéfalos; en Agos: Ción, etc.

(57) Al conocer los lacedemonios la coalición que contra ellos había preparado el oro persa, enviaron a Epíquidas a informar a Agesilao de la situación en Grecia y de lo importante que sería su regreso. Este convocó a los aliados y les informó de las noticias recibidas de la ciudad y de la urgencia de volver a Grecia. Nombró como harmosta, para que permaneciera en Asia, a Euxenos, con un cuerpo de ocupación de cuatro mil hombres, y con el resto de sus ejércitos regresó a Grecia por el Helesponto.

cuadra, pidiendo al portador de la misiva se la entregara a Zenón de Creta o a Ctesias, quien según parece transmitió en definitiva la carta, recibiendo el encargo de Artajerjes de trasladarse a Chipre para colaborar con Conon.

Lo cierto es que la escuadra estaba preparada para el verano del 394, al mando de Conon y Farnabazos, satrapa de Jonia y Lidia, acompañaba a éste con la escuadra fenicia, partiendo de Chipre hacia el mar Egeo.

Cerca de Cnido avistan la escuadra espartana, mandada por Peisandro y se entabla una gran batalla, que terminaría con la hegemonía marítima de Esparta en el mar Egeo.

Agesilao, que en su viaje de regreso costeaba el mar Egeo por Macedonia y Tesalia, recibe aquí la orden de los Eforos de atacar Boecia y para cumplir este cometido se establece en Queronea y desde allí observa el eclipse de sol del 14 de Agosto del 394, que interpreta como un presagio del desastre de la escuadra espartana frente a Conon y Farnabazos.

Las posterior victoria de Agesilao en Queronea no modificó la derrota de Esparta, como ciudad hegemónica griega. Sin embargo, todo este conjunto de acontecimientos engañó a los aliados, que se creyeron poderosos, sin darse cuenta (58) que todo lo debían a los persas.

Prueba de ello es el entusiasmo con que se recibió a Conon (393) en Atenas, cuando, después de conseguir que la mayor parte de las ciudades griegas de Asia pasaron, manteniendo su autonomía, al dominio de Persia, fue gratificado por el Rey, como recompensa a sus servicios. Fue honrado en la plaza de Atenas con una estatua de bronce, y considerado un héroe.

Atenas, entonces, se dedicó, gracias a la esplendidez de Persia, a reconstruir sus murallas y a fortificar al Pireo. Aquellas murallas no se elevaban para cantar el honor de los atenienses.

---

(58) Quizá el único griego que tenía una clara visión del gran error que estaban cometiendo los helenos, fue el rey Agesilao. Demuestran este aserto las palabras que la historia nos ha transmitido, como pronunciadas por Agesilao, al conocer, estando en Terakia en su viaje de regreso, que los espartanos habían ganado una batalla cerca de Corinto, en Nemea, a los aliados: "¡Triste de Grecia, que en daño suyo ha perdido unos varones tan esclarecidos, que si vivieran bastarían para vencer en combate a todos los bárbaros juntos!" (Cf. PLUTARCO, *Agesilao*, XVI).

4.—El Siglo IV : *La paz del Rey.*

La llamada "Paz del Rey" o paz de Antalcidas cierra este período, que venimos repasando a vuela pluma. Y de todos los tristes avatares que hemos vistos sucedieron a Atenas, es éste el más bochornoso. Eso sí, no lo fue solo para ella, sino que la vergüenza de esta paz alcanzó a todos los griegos.

Después de la batalla de Queronea y de las hazañas de Conon por el Helesponto (59) se da una nueva agrupación de estados (60) que mueven a Esparta, congraciada otra vez con Persia, a solicitar de esta potencia una paz, cuyas características estudiaremos brevemente.

La paz en cuestión fue solicitada por Esparta reiteradamente y puede entenderse como consecuencia de la conducta de Atenas, que, sino fue demasiado escrupulosa, si fue hábil. Esparta comprobaba asustada la reconstrucción de los Muros Largos y el aumento de naves en la flota ática y cómo éstas volvían a tomar posiciones en los estrechos y seguían el camino de Tracia, cómo se acrecentaban los lazos de amistad con Tebas y con Dionisio de Siracusa y, en fin, cómo Atenas luchaba por resurgir una vez más.

Así las cosas, Esparta piensa en Persia como la única posibilidad de reforzar su hegemonía, que amenaba ruina. Y el plato más apetitoso que a Persia podía ofrecer, eran las ciudades jónicas del Asia. De aquí que los persas ofrezcan su colaboración a la firma de una paz en estas condiciones :

"El Rey Artajerjes considera que, en justicia, las ciudades del Asia le pertenecen y también, entre las islas, Clazomene y Chipre

---

(59) Después de la actuación de Conon y Farnabazos en el Helesponto, expulsando a los harmostas de aquellas ciudades, con propósito de desarticularlas para el servicio a Esparta, llega el invierno del 394-93, y Farnabazos se retira a Dasikyleion, citando a Conon para la primavera. Y en aquella primavera, la del 393, Conon consigue la sumisión a Persia de las ciudades del Quersoneso Tracio, quedando reducido el problema de obediencia y sumisión a las ciudades jónicas de las costas asiáticas.

(60) Las causas de esta nueva agrupación de estados son, fundamentalmente, el resurgir de Atenas, que incluso intentó el año 398 hacer renacer la confederación marítima, y la sublevación de Egipto contra Persia. El resurgir de Atenas y, probablemente, la anterior permanencia de Conon en Chipre, determinan un acercamiento entre Atenas y Evágoras, que se aleja de la amistad persa. Esto último unido a que Persia necesita colaboración militar para luchar contra Egipto, hace que el Gran Rey busque nuevamente la amistad de Esparta. En el fondo de todo esto está también el problema de las ciudades de la costa asiática del mar Egeo, por cuyo dominio no dejó nunca de luchar Persia.



y que, por el contrario, a las otras ciudades griegas, grandes y pequeñas, se les dejará su autonomía, excepto a Lemnos, Ímbros y Scyros que, como en el pasado, pertenecerán a los atenienses. A aquellas ciudades que no estén conformes con estas condiciones de paz, les haré la guerra personalmente, con ayuda de aquellas que las aceptarán, por tierra y por mar, con mi flota y mi tesoro" (61). Estas son las palabras con las que, por mediación de Tiribazo, Artajerjes resume las condiciones de la paz, que ofrece a las ciudades griegas.

Tiribazo era el alegado del Gran Rey en el congreso que se celebraba en Esparta el año 387, al cual asistían legados de casi todas las ciudades de la Hélade. Ante esta manifestación definitiva de Persia, los legados se retiran a sus respectivas ciudades, para consultar la contestación que debían dar al persa.

Pero tanto Atenas como Esparta y sus respectivos aliados, deseaban la paz con mayor fervor que su propio orgullo nacional; de aquí que su respuesta fuera afirmativa.

Atenas, por primera vez después del año 405, iba a conseguir una paz duradera.

Esparta, engolosinada con el papel de árbitro de las condiciones estipuladas que Persia le ofrecía, creía salvar su honor militar.

Las ciudades que en aquellos momentos sostenían contiendas, como Tebas y Corinto, movidas por las amenazas de Agesilao, deciden ponerlas fin.

"Pasados estos acontecimientos y cuando las ciudades estuvieron comprometidas por juramento a permanecer fieles a la paz, cuyas condiciones les había enviado el Rey, se licencian las armadas de tierra y se licencian los equipos de las flotas. Los lacedemonios y los atenienses, con sus aliados, encontraron así, por primera vez, terminada la guerra a la que puso fin la destrucción de los Muros Largos de Atenas, la paz" (62). En el mar Egeo mandaba Persia y Esparta se consideraba importante, porque podía denunciar al Gran Rey el incumplimiento de lo pactado por cualquiera de las ciudades integrantes de la Hélade.

---

(61) JENOFONTE, *Hell.*, V,1, 31.

(62) *Idem*, V,2, 35.

Además, esta paz, que fue iniciada por Antálcidas (63), no se firmó por un período de tiempo determinado (64), sino que con ella Persia pensó haber resuelto definitivamente el problema griego. Pero en realidad no iba a suceder así. Nadie había aceptado aquella vergonzosa paz de una manera definitiva. Las heridas por ella causadas serían cuidadas con esmero por los atenienses, en espera de mejor ocasión para vengarlas.

La paz de Antálcida se firmó el año 386 y cuatro años más tarde, en el 382, Agesilao (65) iba a provocar una ruptura de la misma dando ocasión a que naciera un principio de nueva alianza entre Tebas y Atenas (379).

Mas todos estos acontecimientos militares caen fuera, en cierta manera, de nuestro tema, que es preciso enfoquemos desde otras perspectivas.

#### B) Dos direcciones políticas en Atenas.

Los dos acontecimientos más importantes sucedidos en la Hela-de, posteriores a la paz de Antálcidas, son, a nuestro juicio, la hegemonía de Tebas y el renacer de la liga ático-délica.

El primero es un episodio que pasó por Grecia sin dejar huella alguna, protagonizado por el genial Epaminondas y con igual vigencia que su vida. Si alguna huella dejó tal episodio fue el quebranto militar y financiero de Esparta y Atenas.

##### 1.º) *La hegemonía de Tebas.*

Atenas habíase aliado a Tebas a raíz del ataque de Fébidas, amparado por Agesilao, a la ciudadela de Cadmea, y fue ratificada la

(63) Esta paz la inició "el espartano Antálcidas, hijo de Leonte, y trabajando en favor del Rey negoció que todas las ciudades griegas del Asia y las islas con ellas confinantes le serían tributarias, debiendo permitirlo así los lacedemonios, en virtud de la paz ajustada con los griegos, si es que puede llamarse paz una mengua y traición, que trajo a Grecia a un estado más ignominioso que el que tuvo jamás por término guerra ninguna". PLUTARCO, *Artajerjes*, XXI.

(64) Los tratados de paz griegos se firmaron siempre por un determinado período de tiempo. Si con éste no sucedió así, debió ser porque los reyes orientales firmaban los tratados para la eternidad.

(65) El ataque de Fébidas a la fortaleza de Cadmea parece que fue inspirado por el propio Agesilao. Contamos, entre otros, con el testimonio de JENOFONTE (*Hell.* V, 2, 32-36) y el de PLUTARCO que afirma que "si bien había sido obra de Fébidas, había procedido del consejo de Agesilao" (Ag. XXIV).

alianza después del ataque al Pireo, llevado a cabo por Esfodrias (66).

Estos sucesos habían hecho sonar nuevamente el clarín de la guerra contra Esparta, a cuyo amparo, así como al de la expansión de la liga ático-délica, crecía el poderío de Tebas y los proyectos de esta ciudad de unificar la Beocia bajo su hegemonía.

La ruptura de Atenas y Tebas fue, precisamente, consecuencia de esta ambición de los tebanos. La ciudad de Platea, en el límite entre Atica y Beocia, fue destruída, para someterla a la hegemonía tebana. Pero Platea había sido siempre aliada de los atenienses y de aquí que la política de esta ciudad se separara de la Tebas (67). Esto sucedía en el 373, unos años antes de la batalla de Leuctra, principio claro de la hegemonía tebana.

Los antecedentes de la batalla de Leuctra hay que buscarlos en la conferencia de paz del 371. Aquel congreso tenía su motivación en las infracciones de la paz de Antálcidas cometidas por Esparta y por Tebas, al tratar, una con Cadmea y la otra con Platea y Tespis, de suprimir la autonomía de ciertas ciudades. Todos los legados, Callias, Autocles, Calístrato, etc., recordaban que el rey había hecho firmar que todas las ciudades de Grecia, las grandes y las pequeñas, serían autónomas; pero también es cierto que los representantes allí congregados, sabían bien que todas las grandes ciudades, Esparta, Tebas e, incluso, la misma Atenas, trataban de constituir alianzas, en las que siempre peligraba la autonomía de alguien.

Ciertamente, la paz de Antálcidas reafirmó la vieja institución política del Estado-ciudad, pero también lo es que para el siglo IV heleno esta limitada política era ya poco apta. Por ello, independientemente de los ideales panhelenistas de Atenas —la pretensión

---

(66) Jenofonte afirma (*Hell.* V,4.20) que fueron los propios tebanos los que indujeron a Esfodrias, harmosta de Tespis, a atacar el Pireo, siguiendo el ejemplo de Fébidas, que había sido premiado por su hazaña. Si esto fuera así, lo cual confirma Plutarco en *Agis.* XXIV, el motivo de los tebanos hubiera sido desencadenar las iras de los atenienses contra Esparta. La moderna historiografía no admite los testimonios de Plutarco y Jenofonte.

(67) Esta política de distanciamientos de Tebas está representada por Calístrato, personaje que tuvo importancia en la Atenas de estos años como militar y político activo. No puede extrañarnos, por otra parte, esta separación de Atenas y Tebas, pues bien sabido es que entre Atica y Beocia no existió punto de contacto, ni en su política, ni en su forma de vida, ni en su cultura, ni en sus ideales.

tebana de unificar Beocia no puede considerarse en esta línea— todas las grandes ciudades pretendían su hegemonía, con detrimento de otras autonomías, y como consecuencia de este choque de encontrados intereses, nació el Congreso de la Paz, que estaba condenado al fracaso desde un principio.

Cuando Calístrato, el más convincente de los oradores, se preguntaba "¿Por qué, pues, hemos venido aquí?", la respuesta a su propia pregunta era clara: "Porque estamos en una situación difícil". Era cierto; la paz, la vergonzosa paz del 386, estaba a punto de perderse y, a juicio del propio Calístrato, la causa de esta dificultad era la enemistad entre Esparta y Atenas, que hacían de polos de atracción según los cuales se dividían las ciudades de Grecia. Por esto se cifró la solución del conflicto en sellar la amistad entre ambas potencias y ratificar la autonomía de las ciudades.

Esto hubiera dado un nuevo carácter al paisaje político de Grecia, si no hubiera sido por la intervención de Tebas. Entre los que habían firmado aquella paz se encontraban los legados de esta ciudad, pero al día siguiente del compromiso pretendieron que su firma fuera considerada como compromisaria de Beocia y no sólo de la ciudad de Tebas. Agesilao no estuvo dispuesto a admitir aquella modificación y los tebanos fueron borrados del tratado. Así terminaba la paz antes de haber nacido (mayo-junio 371).

Esta actuación política tuvo una repercusión militar inmediata. Habíanse enfrentado en aquella discusión posterior a la firma de la paz, Agesilao y el legado tebano Epaminondas, quien aún no había demostrado su genio militar. Este enfrentamiento habría de traer grandes males a Lacedemonia.

En cumplimiento de lo pactado Atenas retiró su guarnición de las ciudades de su hegemonía y Esparta los harmostas y guarniciones de las suyas. Pero Cleombroto (68) que estaba con sus ejército en Fócida, recibe orden de los Eforos de no licenciar la armada y, por el contrario, de preparar un ataque contra Tebas, si esta ciudad no respetaba la autonomía de las otras ciudades de Beocia y no licenciaba sus ejércitos. La condición no se cumplió por parte de los tebanos y Cleombroto se enfrentó a los ejércitos de Epaminondas cerca de Leuctra, el 5 del mes de Hecantombeon (julio del 371) vein-

---

(68) Cleombroto era hermano de Agesipolis, sucesor de su padre Pausanias. Después de la muerte de Agesipolis, le sucede su hermano el año 381. Este rey murió en la batalla de Leuctra, que inició por orden de los Eforos.

te días después de firmada la confirmación de la paz de Antáldidas, en el Congreso de Esparta.

De cómo recibió la noticia Lacedemonia de la derrota de sus ejércitos en Leuctra, tenemos un hermoso relato en Plutarco y también en Jenofonte (69).

Este fue el principio de los triunfos militares de Epaminondas y de la hegemonía de Tebas. Todos los estados del centro de Grecia, excepto Atenas, se acercaron a la triunfadora, que con ellos estableció una confederación, inspirada en la antigua liga ático-délica.

Con motivo de ayudar a Arcadia a fundar un estado federal independiente, Epaminondas invadió el Peloponeso (370) y consiguió desarticular el imperio de Esparta. Por el norte extendió su poder sobre Tesalia y Macedonia, aprovechando los desórdenes subsiguientes al asesinato de Jasón de Feras.

Sólo la hegemonía marítima de Atenas hacía sombra al poder de Epaminondas. Y ello le llevó a traicionar, como antes lo hicieran otros, el espíritu heleno, solicitando la ayuda a Persia para combatir a Atenas, inculpándola de fringir la Paz de Antáldidas.

Pero no llegó a rematar su plan. El año 362 debe volver al Peloponeso y allí, después de diversos encuentros con los arcadios, debe enfrentarse con Agesilao en Mantinea. Triunfó Epaminondas, pero en la persecución de los vencidos muere y con él la hegemonía de Tebas.

## 2.º) *La liga ática.*

Decíamos que sólo la hegemonía marítima de Atenas hacía sombra al imperio creado por Epaminondas. Esta hegemonía ateniense nació del resurgir de la liga ática.

El primer intento de restaurar la confederación, como ya hemos dicho, lo realizó Trasíbulo en el año 389. Realmente Trasíbulo no hacía sino interpretar el sentir de un sector importante de la política intelectual de Atenas. Tres años antes, en el 392, había aparecido el

---

(69) Esparta celebraba una de sus fiestas y la ciudad estaba llena de extranjeros, que acudían a presenciar los ejercicios gimnásticos; recibida la funesta noticia, se continuaron las fiestas e, incluso, las madres, cuyos hijos habían muerto en la batalla, ocultaron su llanto, para no mostrar el dolor de la derrota (Cf. PLUTARCO, *Agesilao*, XXIX y JENOFONTE, *Hell.* IV, 4, 16).

Olimpico de Gorgias, que abogaba por la unión de los griegos, y un año después aparece el discurso de Lisias, con igual título y propósito (388). En verdad, era el momento de hablar de este tema, pues aumentaban en Atenas las pretensiones imperialistas, que el propio Gran Rey había denunciado, pronunciándose contra esta ciudad y mandando detener a Conon.

La pretensión de Trasíbulo fracasó, pero, como injustificadamente dicen los manuales (70), encontró en Isócrates un gran propagandista de su propósito.

Isócrates, que había renunciado a la política activa, buscaba un modo de hacer intervenir su pensamiento en las decisiones de su pueblo, lo cual no había conseguido ni como logógrafo, ni como jefe de escuela. Pero, precisamente, con motivo de este tema de candente actualidad, va a conseguir su propósito publicando su fingido discurso (71), que lleva el título de Panegírico (72).

No nos interesa ahora determinar cuándo y cómo fue pensada esta obra por su autor, ni cuando inició su redacción. Nos es suficiente considerar la fecha de su publicación, que suele fijarse entre julio y septiembre del 380, aprovechando una multitudinaria fiesta Olímpica.

El Panegírico carece de originalidad, ya que tanto el Olímpico de Gorgias (73), como el de Lisias (74) habían tenido parecido tema. Pero lo que realmente interesa es que el Panegírico prendió en el

(70) El intento de Trasíbulo data del año 389 y el Panegírico de Isócrates, por lo que sabemos, es anterior en su maduración, pues comenzó a redactarlo su autor cuando abandona su oficio de logógrafo, hacia el año 392.

(71) La fórmula de discursos ficticios, es decir que no se habían pronunciado nunca, ni nunca se pronunciarían, no es original de Isócrates. Antes que él lo hace Gorgias y el propio Lisias; pero es un modo y una moda que Isócrates adota, por permitirle su propósito de intervenir en la política, sin necesidad de hablar en público, lo que era fundamental para un político activo.

(72) El título de Panegírico hace referencia a las fiestas religiosas, ocasión propicia, por la afluencia de público a una determinada ciudad, para dar a conocer una obra. Tampoco en esto es original Isócrates, pues ya antes que él se sirvieron de estas ocasiones Gorgias y Lisias y otros autores.

(73) Del Olímpico de Gorgias sólo poseemos dos fragmentos, uno de ellos en FILOSTRATO, *Vida de los Sofistas*, I,9-4-5; y otro en ARISTOTELES, *Retórica*, 1414b 29. Por este último fragmento puede deducirse que Isócrates lo tuvo en cuenta al redactar su Panegírico, pues dice así: "sois dignos de ser admirados por muchos, oh varones griegos". El discurso se pronunció antes del 392.

(74) En la panegírica de los legados 388, Lisias aprovecha la ocasión de que acuden a Olimpia de Dionisio de Siracusa y pronuncia un discurso en favor de la unidad y la necesidad de luchar contra los persas. Conservamos el comienzo en Dionisio de Halicarnaso, LISIAS 28-29 (Cf. LISIAS XXXIII, ed. Gernet-Bizos).

pueblo ateniense y abonó eficazmente el campo entre las ciudades amigas, para la realización de la nueva liga ático-délica.

El discurso de Isócrates tiene doble finalidad: por una parte promover la concordia y unidad entre todas las ciudades griegas, en virtud de la unidad de lengua, de cultura y de destino; por otra, organizar la guerra contra los bárbaros (75). Estos propósitos deben tener, en su realización, el orden expuesto, pues antes de provocar la guerra contra Persia era preciso afirmar la unidad helena.

Veamos, en primer lugar, cuales eran las razones que tenían Isócrates, para abogar por una guerra contra los persas. Nuestro autor considera que es éste el único asunto importante que debe preocupar a los griegos, olvidando las disputas sobre nimios problemas locales. Y es éste, en definitiva, el único problema serio de la Hélade, porque ésta está soportando todavía el yugo de la paz de Antálcidas, la cual representa para Isócrates la entrega al Gran Rey de las ciudades hermanas del Asia y el poder de destruir o salvar las ciudades griegas; y ello, no por su poder, sino por la locura de los helenos (76).

Era, pues, preciso y urgente desprenderse de este dominio, para alcanzar una paz interna definitiva y no, como hasta el momento, una mera tregua, ya que no se alcanzaría la paz en Grecia hasta que no se consiguiera una real igualdad de derechos para todos (77). Aquella lucha era necesaria, porque lo era el desechar del camino de Grecia las intrigas entre vecinos y emprender las acciones que dieran a los helenos más seguridad para habitar sus ciudades y más confianza en ellos mismos (78).

Ahora bien, para iniciar esta empresa se necesitaba la unidad de las ciudades griegas, que hasta este momento estaban devididas entre los dos centros fundamentales de dominio, a saber, Esparta y Atenas (79). Según este esquema la solución estaba en anular uno de estos dos centros de dominio y, para saber cual de los dos debía dejar paso a la absoluta hegemonía del otro, era preciso enumerar y analizar los títulos que cada una de estas ciudades podía mostrar para hacer triunfar su candidatura. Es ésta la parte más extensa del

---

(75) ISOCRATES, *Panegírico*, 3.4.

(76) ISOCRATES, *Panegírico*, 137.

(77) *Panegírico*, 176.

(78) *Idem*, 173.

(79) *Panegírico*, 16.

discurso de Isócrates, a saber, la que dedica a demostrar que es Atenas la ciudad helena llamada a ser cabeza de la unidad griega.

Ciertamente, la obra de Isócrates no puede entenderse como un programa político; sin embargo podemos hoy comprobar que hay muchos puntos de contacto entre la articulación real de la confederación y lo expuesto en el Panegírico. Existe, indudablemente, una discrepancia inicial, ya que la confederación fue, en definitiva, un modo de defenderse de la preponderancia que la paz de Antálcidas había dado a Esparta; mientras que la base del pensamiento isocrático era la idea panhelénica.

Dado que conservamos el decreto por el que se organiza la segunda confederación marítima, en mayo del año 377 (80), podemos comparar detalladamente la articulación de éste con los puntos estudiados por Isócrates. Así, la garantía que el decreto ofrece a las ciudades incluidas en la confederación, de que Atenas no intentará inmiscuirse en sus gobiernos, ni introducir guarniciones en las ciudades; también, la explícita renuncia de Atenas a cualquier tipo de propiedad en territorio extranjero; en fin, la prohibición de cobrar tributos a los aliados, independientemente de la contribución al mantenimiento de la liga.

A Atenas se le había concedido la dirección y mando militar de la confederación, pero sin que esto representara, en modo alguno, hegemonía sobre los confederados. Los derechos de éstos estaban representados por el *synhedrion*, al cual no pertenecía Atenas. Este *synhedrion* celebraba sus reuniones en Atenas y sus decisiones eran consideradas por la Asamblea ateniense, que determinaba, en definitiva, sobre su concepción.

El planteamiento de esta nueva confederación estaba, indudablemente, bien concebido y ello hizo que se mantuviera por algunos años y diera su fruto, en forma de resurgimiento ateniense; pero, quizá, la falta de diplomacia en el trato de los confederados, hiciera que algunos de ellos trataran de oponerse a Atenas, a lo cual ayudaron las intrigas del sátrapa persa de Caria, Mausolo. Así en el año 357, veinte años después de su fundación, Quíos, Rodas y Cos

---

(80) El edicto se votó en el arcontado de Nausinicos (378-7) y conservamos en una inscripción el acuerdo popular. El articulado de la confederación era de Aristóteles de Maratón. Este decreto hace referencia a los tratados que Atenas había firmado ya con Quíos y alguna otra ciudad, base indudable de la confederación. El texto de la inscripción puede confrontarse, entre otros libros, en MICHEL, *Recueil d'inscriptions grecques*, n. 86.



se separaron de la confederación y aunque Atenas intentó reducir las a la obediencia, con la guerra que se llamó "de los confederados", nada consiguió.

De aquí va a nacer una tendencia a la inhibición en Atenas, que la hará despreocuparse de los problemas militares, buscando, exclusivamente, la paz.

### 3.º) *La política panhelenista.*

El mal fin de la liga ática y los acontecimientos económico-sociales, de que nos ocuparemos más tarde, hizo que la cabeza del movimiento panhelenista, Isócrates, cambiara sus concepciones. Seguir este proceso de variación será encaminarnos hacia los acontecimientos futuros, aunque, realmente, entre ambas cosas, el pensamiento político del grupo panhelenista y los acontecimientos históricos, no pueda establecerse relación alguna de causalidad. Sin embargo, una cosa es cierta, a saber, el acontecer histórico dió la razón a los proyectos teóricos.

Hemos visto al Isócrates autor del Panegírico, entregada su confianza al futuro imperialista de Atenas. Pero ahora hemos de conocer al Isócrates que intenta salvar la Hélade prescindiendo de Atenas, aunque sin olvidar su futuro. Todos sabemos que el pensamiento de Isócrates no es representativo del pensar ateniense, pues con él convive, y lo repasaremos también, un pensamiento antagónico e, incluso, el de Isócrates no es de los dos el más activo. Sin embargo, dos cosas le hacen ser precioso para la comprensión del período histórico que estudiamos: una, que no estuvo tan alejado como en algún tiempo se pensó de la pura actividad política; otra, que el gran publicista no estaba sólo en su empresa.

Se ha repetido demasiado que Isócrates era un soñador y que sus doctrinas eran totalmente utópicas. Estas opiniones no pueden sostenerse hoy (81). Es cierto que Isócrates sintió una especial aversión por la actividad política, nacida, quizá, de su imposibilidad física de ser un orador de tribuna; pero ésto es algo muy distinto a afirmar que sus ideas estaban concebidas de espaldas a la realidad ciu-

(81) Es fundamental todavía hoy para comprender la personalidad de Isócrates la obra de G. MATHIEU, *Les idées politiques d'Isocrate*. Les Belles-Lettres, Paris 1925.

dadana. Es también cierto, que el modo de exponer sus ideas nos resulte, políticamente, algo cándido, pero quizá ésto estuviera basado en un conocimiento del pueblo griego, más profundo del que podemos tener nosotros.

Por otra parte, Isócrates era leído en todo el mundo griego y su influencia se hacía sentir, no sólo en los ámbitos teóricos, Platón, Jenofonte, Aristóteles, sino también en los círculos netamente políticos.

Cuando Platón juzga Isócrates en el conocido texto del Fedro quizá publicado entre el 372 y el 368 (82), apoya su opinión en que "hay en la mente de este hombre cierta filosofía" (83). Esta filosofía se va a dejar sentir en su concepción del futuro de Grecia y en los consejos que ofrece a los atenienses para enderezar su política a un buen fin.

Por último, ha de pesar grandemente en el juicio que Isócrates nos merezca, el hecho de que en su escuela de Atenas se formaran una serie de hombres que juzgaron un gran papel en el siglo IV. El orador Licurgo, el historiador Teopompo, Timoteo, el hijo de Conon, su discípulo más querido, Calistrato, etc.

Decíamos hace un momento que la situación de Atenas, interna y en sus relaciones de política exterior, hizo que Isócrates volviera su mirada a otros Estados, en busca del hombre capaz de realizar su propósito, es decir, de ponerse al frente de los helenos y afirmar su unidad y su poder frente al mundo bárbaro.

Su primera esperanza fue Jasón de Feras, hombre de extraordinaria personalidad, que consiguió someter la Tesalia y pensó poder hacer lo mismo con toda Grecia. Y, precisamente, por creerle capaz de esta esperanza, trató Isócrates de hacerle realizador de su política del Panegírico. Pero este hombre, como dice Jenofonte, que llegó a poseer "tal potencia y proyectos tan numerosos y considerables" (84), murió asesinado al terminar de pasar revista a su caballería (370), sin que pudiera realizar la gran aventura de atacar al rey de Persia (85).

(82) Luis Gil en su edición del Fedro (Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1957) resume muy acertadamente la problemática de la cronología de este diálogo platónico.

(83) PLATÓN, *Fedro*, 279a.

(84) JENOFONTE, *Hell*, VI, 4, 31.

(85) ISOCRATES, *Filipo*, 119-120.

La muerte de Jasón de Feras arruinó las esperanzas de Isócrates, quien buscó un nuevo caudillo para que realizara su empresa. Es éste Dionisio de Siracusa, quien, aunque en un principio no fue considerado por Isócrates, por su condición de tirano, al acercarse a Atenas durante la guerra de Tebas, parecióle ser el hombre ideal, por su personalidad y su fuerza, como caudillo realizador de la unión de los griegos frente a los bárbaros.

En su carta I, desde luego auténtica (86), Isócrates se lamenta de que no coincidiera la ocasión de su mejor edad con el mejor momento de la actividad política y militar de Dionisio de Siracusa. Al escribir ésto no podía pensar Isócrates que, la muerte del gran tirano (367), iba a hacer inútil su carta (87). Si la muerte de estos dos hombres hizo imposible que realizaran los sueños de Isócrates, los otros dos elegidos posteriormente, Nicocle y Arquidamos, le desilusionaron. Quizá si Jasón y Dionisio hubieran vivido, le habrían desilusionado también.

Es curioso que Isócrates pensara en el rey de Esparta, Arquidamos, el hijo de Agesilas, para ejecutor de sus planes políticos, tanto más cuanto que los lacedemonios parecían totalmente acabados. Sin embargo, es explicable la pretensión de Isócrates, porque Arquidamos, rey desde el 360, había pretendido hacer renacer a Esparta, buscándola un campo de acción en el exterior. La carta dirigida a Arquidamos, cuyo preámbulo se conserva como carta IX, fue escrita el 356, puesto que nos dice su autor que contaba al escribirla 80 años. Es el momento de la guerra social, cuando Atenas parece hundirse definitivamente y Persia estaba conturbada por los acontecimientos consecuentes a la subida al trono de Artejerjes Ocos.

Pero las esperanzas puestas en Arquidamos debieron ser escasas, porque ese mismo año 356, vuelve otra vez a pensar en Atenas como salvadora de Grecia.

Ahora bien, su modo de abordar la cuestión es ahora totalmente distinto al expuesto en el Panegírico. En los dos grandes discursos de estos años, "Sobre la paz" y "Areopagítico", Isócrates trata de encauzar la política y la conducta de Atenas de modo tal que pueda llegar a ser la realizadora de su empresa.

---

(86) En Filipo 81, Isócrates se refiere a esta carta y cita una frase textualmente (carta I, 9).

(87) De esta carta sólo escribió Isócrates el preámbulo, por lo cual es de suponer que fuera interrumpida por la muerte de Dionisio.

Repitamos que son los años de la guerra social (357-355). Esta guerra había sido provocada por la separación de la Confederación de las islas de Quíos, Rodas y Cos, motivada por una parte por las intrigas del sátrapa de Caria, Mausolo y, de otra por la forma cada día más tiránica del gobierno de Atenas sobre los confederados. Esta guerra iba a terminar con la renuncia de la gran ciudad, promovida por las amenazas persas, y con esta renuncia iba a terminar su poderío en el mar.

El discurso de Isócrates "Sobre la Paz" debió publicarse antes de que esta guerra terminara, es decir, en el año 356. En las primeras primeras páginas dice su autor: "Afirmo, pues, que debemos hacer la paz, no sólo con los habitantes de Quíos, Rodas y Bizancio, sino con el mundo entero, y aplicar no el tratado que algunos han dictado ahora, sino aquel que se ajustó con el Gran Rey y los lacedemonios (88) y que manda que los griegos sean libres, que las guarniciones abandonen las ciudades extranjeras y que cada una sea dueña de su territorio; no podemos encontrar nada más justo ni más ventajoso para nuestra ciudad" (89).

¿Qué pretendía Isócrates con esta recomendación? Varias cosas que el gran publicista juzgaba muy importantes para el futuro de Atenas, a saber, que los hombres volvieran otra vez al cuidado de los campos, ahora abandonados; que disminuyeran los impuestos, para sanear la quebrantada hacienda ateniense y, sobre todo, que reinara la concordia con las otras ciudades, única manera de intentar su unificación. "¿No nos sería suficiente, pues, si habitáramos nuestra ciudad sin tener ningún temor, dispusiéramos de abundantes recursos para la vida, tuviéramos concordia interior y una buena estimación de los demás griegos?" (90).

El gran pecado de Atenas radicaba en imitar a sus antepasados sólo en las ansias de lucha, pero sin orientar éstas a una finalidad transcendente: "Porque ellos para defender a los helenos no cesaron de hacer la guerra a los bárbaros; nosotros hemos llamado de Asia a las gentes que viven en aquel país, para emplearlas contra los mismos helenos" (91). Y ese no es el camino para alcanzar una

(88) Isócrates se refiere aquí, no a la paz de Antálcidas, sino a la que se firmó el año 374 y que sirvió de base a la que se trató de establecer el año 371, después del Congreso de Paz celebrado en Esparta.

(89) ISOCRATES, *Sobre la Paz*, 16.

(90) *Idem*, 19.

(91) *Idem*, 42.

soberanía sobre una Grecia unida. Si los atenienses la consiguieron en otro tiempo, fue de otra manera: "Sacando de la esclavitud y amparando a las ciudades griegas es como merecieron dirigir las; nosotros, oprimiéndolas y haciendo lo contrario en todo que los hombres de otros días, nos indignamos por no recibir los mismos honores" (92).

La ambición, incluso la de dominar el mar, que el propio Isócrates aconsejó en otro tiempo, fue la causa de la situación que el escritor reprocha a Atenas. Igual sucedió a los lacedemonios y a los tebanos. Es preciso aprender la lección. Para que Atenas aspire a ser cabeza de la Hélade, serían precisas tres cosas: Primero, buscar hombres probos para la administración; segundo, tratar a los aliados como verdaderos amigos, y "en tercer lugar, no tener nada en mayor aprecio, después de la piedad para con los Dioses, que la estima de los griegos; pues a quienes vean en tales disposiciones ellos encomendarán espontáneamente el mando y la hegemonía" (93).

Burckhardt afirmaba, un tanto despectivamente, que en este momento, es decir, hacia la mitad del siglo IV, a algunos oradores les ataca un gran idealismo por el siglo precedente. Burckhardt se refiere concretamente al "Areopagítico" de Isócrates. Pero, como el mismo dice (94), este escrito nos muestra la situación en que se encontraba Atenas en aquel período histórico.

Atenas estaba ahora bajo el régimen de Eubulo y había terminado la guerra de los confederados. Ambas cosas, como veremos poco después, llevaron, o mejor, continuaron el desconcierto de la ciudad, que, no sólo en su gobierno, sino también en su vida social, sufría los males de la agonía. Para tratar de evitar esto Isócrates compuso su "Areopagítico", que está en la misma línea de "Sobre la Paz".

Las primeras palabras del discurso, que debió escribirse hacia el año 354, son de aliento para los atenienses, afirmando inmediatamente que va a exponer una serie de censuras contra el gobierno y los ciudadanos de Atenas "como si el Estado estuviera en peligro o su situación fuera crítica, en lugar de poseer más de doscientas

(92) *Idem*, 42.

(93) *Idem*, 135.

(94) BURCKHARDT, *Historia de la cultura griega*. Ed. Iberia, Barcelona 1947. Sección novena, IV, t. V, pág. 77.

trirremes, no tuviera sus territorios en paz y el dominio del mar, no tuviera aliados, muchos de los cuales están dispuestos a ayudarnos en caso de necesidad, y otros muchos más nos dan sus tributos y ejecutan nuestras órdenes" (95).

Pero es que el mal de Atenas no estaba en la carencia de estas cosas, sino en algo mucho más profundo. El mal de Atenas estaba en la indiferencia de los ciudadanos por el futuro de su patria; en no poseer un gobierno eficiente y justo; en el continuo dejarse llevar por los charlatanes aduladores; en haber perdido la conciencia de helenos; en la relajación de las costumbres; en el olvido de las grandes instituciones; en la proliferación de las leyes; en la preocupación por las riquezas y el deseo desenfrenado de placeres; en el falseamiento de las grandes palabras: justicia, igualdad, democracia. Era preciso buscar en el pasado glorioso de Atenas los nombres de los pilares que la elevaron para poder reconstruirlos, pero con el espíritu de entonces, sin remendarlos ni adulterarlos.

Aquí es, precisamente, donde Burckhardt juzgaba iluso a Isócrates, apoyándose en que el publicista soñaba una Atenas de los siglos IV y V que jamás existió y una Atenas futura que jamás podría existir. Sin embargo, es muy posible que de ambas cosas se diera cuenta Isócrates, aunque no podía dejar de ofrecer a la gran ciudad su último esfuerzo para salvarla.

Podría probar este aserto el hecho de que Isócrates abandone pronto sus baldíos esfuerzos y busque un nuevo caudillo, que realice su sueño heleno.

La ocasión se la brinda Filipo de Macedonia, al tomar contacto con los problemas de Grecia. Ya desde el año 357, en el cual Filipo toma Anfípolis, su aliada de siempre, Atenas se enfrenta con aquel rey macedonio, que había revolucionado la guerra con sus tácticas y sus máquinas. Sus conquistas en Tracia y en Tesalia hicieron temible a aquel *bárbaro* que hablaba griego.

Entró en litigio nuevamente con los atenienses, porque estos firmaron una alianza con los calcedícos, quienes quebrantaban así su anterior tratado con Filipo. Es este el motivo por el cual Filipo inicia en el 349 su campaña contra Olinto y también la razón por la que Atenas se ve obligada a intentar ayudar a esta ciudad, aunque cuando sus ejércitos llegan al pie de sus muros, ya había caído en-

---

(95) ISOCRATES, *Areop.*, 2.

poder de Filipo (348). Con la caída de Olinto, toda la Calcídica pasó a poder del rey de Macedonia. Pese a este incidente, Filipo no quiere enfrentarse a Atenas, sino, por el contrario, aliarse con ella. Y así ofrece la paz que se conoce, por quien la redactó, con el nombre de Filócrates (346).

En este momento Isócrates publica su "Filipo", porque piensa en este gran hombre de estado como el caudillo ideal para realizar su empresa. En la época clasicista, este modo de obrar de Isócrates era juzgado poco menos que como una traición. Pero nada más lejos de la verdad.

Atenas no podía luchar contra un gigante que, por otra parte, nada pretendía contra ella. Precisamente si los atenienses hubieran comprendido mejor a Filipo, aun hubiera sido ocasión para ellos de haber enderezado su futuro. Así pensaba Isócrates y hombres de gran prestigio en Atenas en estos momentos comulgaban con sus ideas. Por ejemplo, Foción, el más reputado estratega, aun cuando no fuera hombre genial, que soñaba con una Atenas al modo de Pericles (96), en paz (97), incluso con Filipo (98). Así también Filócrates, Esquines, etc.

Realmente, "Filipo" es una obra conmovedora, que debe llenarnos de respeto hacia el hombre que, como él mismo dice, ha consagrado toda su vida "a hacer la guerra a los bárbaros, a acusar a aquéllos que no piensan como yo, a tratar de animar a aquellos que esperaba más capaces de hacer algún bien a los griegos y a arrebatarse a los bárbaros la prosperidad de que gozaban" (99). Y consecuente con la trayectoria de su vida, escribe su obra: "He aquí por qué ahora todavía dirijo a tí mi discurso, sin olvidar que muchos criticarán por envidia los proyectos que expongo y que todos se regocijarán cuando sean ejecutados por tí" (100).

(96) "Formó el designio de restablecer en cuanto de él dependiese el modo de gobernar de Pericles, de Aristides y de Solón, como más completo y que abrazaba a ambos objetos (la guerra y la política)". PLUTARCO, *Vidas, Foción*, IV.

(97) "Conduciéndose de esta manera, sus disposiciones se dirigían siempre a la paz y al sosiego". PLUTARCO, *Idem*, VIII.

(98) "Decretada ya sin árbitro la guerra contra Filipo, y elegidos, por estar él ausente, otros generales, luego que volvió de las islas lo primero que trató fue de persuadir al pueblo que, estando Filipo inclinado a la paz, y manifestando recelar demasiado los peligros de la guerra, admitiera sus proposiciones" PLUTARCO, *Idem*, XVI.

(99) ISOCRATES, *Filipo*, 130.

(100) *Idem*, 131.

Isócrates representa la teoría del futuro, que los años hicieron realidad; pero triste realidad, porque va a representar la desaparición de Atenas como entidad política, para quedar reducida a una fortaleza cultural que, si en la perspectiva nuestra se nos presenta como esplendorosa, en la de sus ciudadanos, que tuvieron que vivir la realidad política de sus calles y sus plazas, en los años posteriores al triunfo de Alejandro, tenía, por fuerza, que aparecerles como lo que en verdad era: la ruina de un Estado.

Quizá esta ruina se hubiera podido evitar si Atenas se hubiera identificado con el pensar de Isócrates, es decir, hubiera unido voluntariamente su esfuerzo al de Filipo, para afirmar su helenidad frente al mundo bárbaro. Pero prefirió aferrarse al sentido de su ciudadanía tradicional, lo que la hizo chocar contra Filipo y seguir considerando a éste un bárbaro que hablaba griego. Por ello su triunfo en su hijo Alejandro, fue el triunfo de Macedonia, pero no el de Grecia y, mucho menos, el de Atenas.

#### 4.º) *La política de la "Polis"*.

Quienes estamos acostumbrados a tratar de la historia de Grecia a través del prisma de su filosofía, debemos hacer un esfuerzo mental para comprender que los años en los cuales en Atenas enseñan Platón y Aristóteles no coinciden, ni mucho menos, con los años de esplendor social y político de la gran ciudad. Sólo Anaxágoras señala la unión de ambos momentos cumbres, el político y el filosófico, cuando pasea por las calles de Atenas sus recién estrenadas doctrinas sobre el νόος.

Los años subsiguientes a la fundación de la última confederación ática, fueron todavía años de prosperidad económica en Atenas. Los triunfos de Timoteo en Samos (365) y después en la Calcídica y en Tracia aseguraron el camino del trigo, que el rey Leucon del Bósforo, muy amigo de Atenas, vendía en condiciones especiales y ventajosas a esta ciudad.

Pero este resurgir económico (101) acaba para Atenas con la guerra de los confederados. Esta guerra pudo mantenerse porque Persandros aplicó (357) a la tierarquía el sistema de simmorías, que

---

(101) Las conquistas de Timoteo y Cares no sólo aseguraban el camino del trigo, sino que hacían posible también el establecimiento en las tierras conquistadas de atenienses pobres.



ya existía desde el 378 para los impuestos, es decir, que dada la falta de ciudadanos capaces de encargarse por sí mismos de dotar una trirreme, hizo que se reuniera un grupo de ellos, que oscilaba entre cinco y quince, para sufragar los gastos que antes correspondían a un trierarca. Así se armaron dos flotas, una al mando de Cares y Cabrias, y otra al de Ifícrates y Timoteo. La primera fracasó en el puerto de Quíos, en el que murió Cabrias; y la otra tuvo que rendirse por las amenazas de Atabaceo de enviar trescientas naves en favor de los aliados. La paz que puso fin a esta guerra se firmaba el año 355.

Realmente en esta fecha la democracia restaurada en el 403, cumple un ciclo perfectamente definido de descomposición. Ya Fustel de Coulanges, en su famosa y clásica obra "La Ciudad Antigua", comentaba atinadamente muchos de los peligros de este régimen político, aunque fuera en Atenas donde menos destacaran.

La democracia ateniense se basaba en la intervención en el gobierno de todos los ciudadanos, sin que por ello percibieran remuneración alguna, sino que por el contrario la ocupación de un cargo público les obligaba a abandonar el cuidado de sus propios asuntos. Por otra parte estaba presidido por la elocuencia, ya que eran los oradores los que decidían al pueblo a votar, positiva o negativamente, cualquier determinación a él propuesta.

No entraremos en la estructura del régimen democrático, pues con fijarnos en estos dos puntos antes señalados, sabremos de donde venían los males de la administración política de Atenas. "Admira el gran trabajo que esta democracia exigía de los hombres. Era un gobierno laboriosísimo. Ved como se emplea la vida de un ateniense. Un día se le llama a la asamblea de su demo y tiene que deliberar sobre los intereses religiosos o financieros de esta pequeña asociación. Otro día se le convoca a la asamblea de su tribu: trátase de organizar una fiesta o examinar los gastos; de redactar decretos o nombrar jefes y jueces. Tres veces por mes es preciso que asista a la asamblea general del pueblo; ni siquiera tiene derecho de faltar a ella. La sesión es larga, y no concurre solamente por votar: llegado desde la mañana, es necesario que permanezca hasta hora muy avanzada del día para escuchar a los oradores. Sólo puede votar cuando ha estado presente desde la apertura de la sesión y ha oído todos los discursos. Este voto es para él una de las cuestiones más serias, pues unas veces se trata de nombrar a sus jefes políticos y militares,

esto es, a los que va a confiar por un año sus intereses y su vida ; otras, se trata de crear un impuesto o de cambiar una ley ; otras, en fin, ha de votar sobre la guerra, sabiendo perfectamente que en ella habrá de dar su sangre o la de su hijo. Los intereses individuales están inseparablemente unidos al interés del Estado. El hombre no puede ser indiferente ni ligero. Si se engaña, sabe que muy pronto sufrirá su castigo, y que en cada voto empeña su fortuna y su vida. El día en que se decidió la desgraciada expedición a Sicilia no había un ciudadano ignorante de que alguno de los suyos tomaría parte en ella, y de que debía aplicar toda la atención de su espíritu a poner en la balanza todas las ventajas que ofrecía tal guerra y todos los peligros que implicaba. Importaba grandemente reflexionar e informarse bien ; pues un fracaso de la patria era para cada ciudadano una disminución de su dignidad personal, de su seguridad y de su riqueza. El deber del ciudadano no se circunscribía a votar. Cuando le tocaba su turno, debía ser magistrado en su demo o en su tribu. De dos años, por término medio, uno era heleasta, es decir, juez, y se pasaba todo el año en los tribunales, ocupando en escuchar los informes y en aplicar las leyes. Apenas había ciudadano que por dos veces en su vida no formase parte del Senado de los Quinientos. Entonces, y durante un año, tomaba asiento en él cada día, mañana y tarde, escuchando los informes de los magistrados, recibiendo sus cuentas, respondiendo a los embajadores extranjeros, redactando las instrucciones de los embajadores atenienses, examinando todos los negocios que habían de someterse al pueblo, y preparando todos los decretos. En fin, podía ser magistrado de la ciudad, arconte, estratega, astinomio, si la suerte o el sufragio lo designaba. Compréndase, pues, que era ardua carga el ser ciudadano en un Estado democrático ; que el serlo era bastante para ocupar casi toda la existencia, y dejaba muy poco tiempo para los trabajos personales y de la vida doméstica. Así, decía Aristóteles muy justamente que el hombre que necesitaba trabajar para vivir no podía ser ciudadano. Tales eran las exigencias de la democracia. El ciudadano, como el funcionario público de nuestros días, se debía todo entero al Estado. Le daba su sangre en la guerra, su tiempo en la paz. No le era lícito dejar a un lado los negocios públicos para ocuparse más asiduamente en los suyos. Antes descuidaba a los suyos para trabajar en provecho de la ciudad. Los hombres invertían su vida en gobernarse. La democracia sólo podía durar a condición del

trabajo incesante de todos los ciudadanos. A poco que el celo se enfriase, tendría que parecer o corromperse" (102).

Pronto esta forma de vida supuso una carga insostenible para muchos ciudadanos, a los que la fortuna no ayudó en sus negocios privados. Porque la democracia, como toda forma política que concede libertades al individuo, hizo que el ciudadano tuviera que vivir de su propia actividad. De aquí que "el pobre poseía la igualdad de derechos. Pero seguramente que sus sufrimientos diarios le hacían pensar que la igualdad de fortunas hubiese sido muy preferible. Y no pasó mucho tiempo sin advertir que la igualdad que poseía podría servirle para conquistar la que le faltaba y que, dueño del sufragio, podría ser dueño de la riqueza" (103).

El pobre tuvo que defenderse del rico y del esclavo: del esclavo porque era quien tenía la posibilidad de trabajar, del rico porque era quien tenía la posibilidad de vivir: "Como estos expedientes no bastaban, el pobre empleó medios más enérgicos. Organizó una guerra en regla contra la riqueza. Esta guerra se disfrazó al principio con formas legales: se cargó a los ricos con todos los gastos públicos, se les colmó de impuestos, se les hizo construir trirremes, se pidió que diesen fiestas al pueblo. Luego se multiplicaron las multas en los juicios; se decretó la confiscación de bienes por las más ligeras faltas. ¿Quién puede decir cuantos hombres fueron desterrados por la única razón de ser ricos? La fortuna del desterrado ingresaba en el tesoro público, del que enseguida huía en forma del trióbolo para repartirse entre el pueblo. En muchas ciudades llegaron los pobres a ejercer entonces su derecho de sufragio para decretar una abolición de deudas, una confiscación en masa y una subversión general" (104).

La democracia, como régimen político, pago su incapacidad para resolver este problema. "¿Qué fue entonces de la democracia? No fue responsable, precisamente, de esos excesos y crímenes, pero de ellos fue la primera víctima. Carecía de reglas, y la democracia sólo puede vivir entre reglas muy estrictas y perfectamente observadas. Ya no se veían verdaderos gobiernos en el poder, sino facciones. El magistrado ya no ejercía la autoridad en provecho de la paz y de la ley, sino un provecho de los intereses y des la codicias de un partido.

---

(102) FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua*. Ed. Jorro, Madrid 1931, págs. 481-483.

(103) FUSTEL DE COULANGES, *O. c.*, pág. 486.

(104) FUSTEL DE COULANGES, *O. c.*, págs. 486-487.

El mando ya no estaba revestido de títulos legítimos ni de carácter sagrado; la obediencia nada tenía ya de voluntaria; siempre constreñida, prometíase siempre un resarcimiento. La ciudad sólo era, como dice Platón, un conjunto de hombres, de los cuales una parte era señora y la otra esclava. Decíase del gobierno que era aristocrático, cuando los ricos estaban en el poder; democrático, cuando estaban los pobres. En realidad, la verdadera democracia ya no existía" (105).

No debemos olvidar que las formas de gobierno en Grecia estaban contituidas, desde el siglo VII, sobre el esquema de la πόλις. Precisamente esta forma social, el Estado-ciudad, nació, como afirmaba Platón (106), para cubrir las necesidades de un grupo humano; de aquí que las notas características de ésta sean la αὐτάρχεια, es decir, suficiencia económica, primero del lugar de emplazamiento y luego del grupo humano emplazado; es decir, la ciudad estaba montada sobre la riqueza del suelo y la de los ciudadanos, lo cual implica la existencia de la moneda, forma de la riqueza ciudadana; la ἐλευθερία, esto es, independencia política, la cual supone la creación de un sistema de defensa; y, finalmente, la αὐτονομία, o suficiencia de sus leyes, que indica un sistema de administración y gobierno.

La creación del Estado-ciudad se basa en la transformación de la esclavitud agraria en esclavitud urbana, precisamente por la aparición de la moneda. Y ésto porque la moneda debilita el poder del gran latifundista, que pierde el apoyo del trueque como base económica y deja paso al capitalista, es decir, al ahorro dinerario.

Todo esto coincide en el tiempo con el paulatino abandono de las formas monárquicas, que van transformándose en formas sacerdotales, y con que el hombre adquiere, con el derecho de propiedad, la emancipación del amo y, como ya hemos dicho, con esta emancipación se le ofrece, como obligación biológica, la de mantenerse por sí mismo.

Sobre este esquema trazó Platón, y después Aristóteles, su modificación del gobierno de la póλις, porque preciso es reconocer que no otra cosa se propusieron ambos filósofos.

(105) FUSTEL DE COULANGES, *O. c.*, págs. 490-491.

(106) Cuando en la República, Platón inicia el análisis del Estado, sigue ateniéndose a la πόλις y a la necesidad como su origen: "Edifiquemos con palabras una ciudad desde sus cimientos. La construirán, por lo visto, nuestras necesidades". *Rep.*, 369c.

La filosofía, desde Anaxágoras, influyó en la política, pero no positivamente, es decir, no trató de estructurar, en un proceso de evolución, quizá porque careció de sentido histórico, la realidad humana de la vida en común, dando a esta realidad un sentido transcendente; sino que influyó negativamente, obligando con su crítica a que se modificaran o desaparecieran las tradiciones y las costumbres, sin sustituirlas por otra cosa. Y esto afectó igualmente a Platón; por ello decimos que el fundador de la Academia seguía pensando en la *πόλις*, como concentración de un grupo humano, que colabora para cubrir sus necesidades. Hasta el helenismo no se oyen en este campo palabras esencialmente nuevas. La política o, mejor, los políticos, fueron en esto muy por delante de los filósofos.

Ciertamente, Platón no fue un político, pese a su tradición familiar, y no lo fue conscientemente, porque la inhibición de que habla en su carta VII perduró durante toda su vida (107). Sin embargo, Platón repensó los problemas de la administración de la *πόλις*, sin modificar, por supuesto, el viejo esquema, que era, en definitiva, lo que necesitaba una urgente revisión.

Y Aristóteles, que conoció otros momentos políticos mucho más iluminadores que los que vivió Platón, ya que éste último vive la deconstrucción del imperio ateniense, por efímera que fuera, y Aristóteles, por el contrario, vive su total descomposición; pues Aristóteles, decimos, fue igualmente ciego para comprender la realidad política; y fue, sin embargo, el maestro de Alejandro!

Platón reconoce el hecho de que la política, es decir, la vida de la ciudad, va mal y precisa ser analizada, para mejor comprenderla; de aquí que convierta la política en una ciencia. Pero su solución práctica es crear una ciudad ideal, sueño que se basa, no en que la ciudad en sí sea ideal, sino en un ideal, sino en un método que, puesto en práctica por los hombres, haga de una ciudad algo perfecto. Platón intenta que la justicia sea el fundamento de la ciudad

(107) Platón nos cuenta que él fue llamado por el régimen oligárquico, posterior a la paz del 404, y que sus monstruosidades le hicieron inhibirse. Pero, más tarde, la restaurada democracia, que parecía iba a remediar los errores cometidos por el anterior régimen, hizo beber la ciota a su amigo Sócrates, el hombre más justo que él había conocido. Y "de esta suerte yo, que al principio estaba lleno de entusiasmo por dedicarme a la política, al volver mi atención a la vida pública y verla arrastrada en todas direcciones por toda clase de corrientes, terminé por verme atacado del vértigo, y si bien no prescindí de reflexionar sobre la manera de poder introducir una mejora en ella, y en consecuencia en la totalidad del sistema político, sí dejé, sin embargo, de esperar sucesivas oportunidades de intervenir activamente". *Carta VII*, 325e.

ideal y no que la ciudad sea el fundamento de la justicia perfecta, como hubiera pensado Sócrates.

Este será también el modo de enfocar el problema Aristóteles, de aquí que la ciudad pensada por ambos filósofos quede fuera de la historia. Ahora bien, si los teóricos del Estado-ciudad pueden encontrar disculpa para su ceguera en la comprensión del progreso histórico, no la encontrará el político, que debe vivir inmerso en esta progresiva realidad. Es este el caso de Demóstenes y el de los militares y políticos que le secundaron.

Demóstenes fue un caso excepcional de voluntad y allí donde la aplicó logró su propósito. Ahora bien, en un filósofo es comprensible que sus concepciones políticas sean un reflejo de su personalidad y de su vida (108), pero en un político no es admisible que su acción política sea una consecuencia de su propio vivir.

No pueden encontrar eco en nuestro trabajo las anécdotas biográficas del ganador; nos importa su vida sólo cuando por primera vez se cruza con los problemas políticos atenienses. Este momento está representado por su discurso "En pro de las simmorias".

El espíritu que anima este discurso puede ser confundido, en una lectura poco atenta, con el que inspiró a Sócrates el discurso "Sobre la Paz" e, incluso, el "Areopagítico". En todos ellos se habla de la necesidad de la paz, de inspirar respeto a las demás ciudades griegas, de restauración de la quebrantada economía, de buscar la probidad administrativa. Pero esta semejanza es sólo aparente. Las motivaciones reales de este discurso son muy distintas de las que motivaron los discursos isocráticos.

No puede precisarse desde qué momento, pero desde luego mucho antes de su aparición en la política activa, Demóstenes trabajaba de acuerdo con el partido de la oposición (119), acaudillado por Eu-

(108) Cf. JEAN LACCIONI, *La pensée politique de Platon*. P. U. F. Paris 1958. Fundamentalmente: "Conclusion générale", pág. 315-321.

(109) Prácticamente nada sabemos de lo que representaba en la Grecia de estos momentos el partido. Pero es indudable que la política estaba dominada por facciones, que pretendían imponerse en la Asamblea y que de hecho lo conseguían. Después de la paz del 355, que acababa con la desastrosa guerra social. Aristofante, cabeza del partido en que militaban Androción, Timócrates, Leptines, etc. llevaba a la gran ciudad a la más definitiva ruina, reinando, por otra parte, una falta absoluta de probidad en los administradores (Cf. los discursos "Contra Androción" y "Contra Leptines", escritos por Demóstenes como logógrafo). Y contra este estado de cosas se formó el partido de Eubulo, que representaba la burguesía, intentado reorganizar la economía, al cual aparece unido Demóstenes.

bulo, que pretendía la reorganización de la hacienda ateniense y la restauración del respeto y comprensión de los otros estados por el suyo, pero todo ello unido al propósito firme de abandonar toda pretensión hegemónica, limitando por tanto la política al campo doméstico. Pese a ésto los cuatro primeros discursos de Demóstenes están dedicados a la política exterior, lo que hace pensar en que el orador era tenido en muy grande estima por el partido, que le encomendaba una misión entonces muy difícil. Y ésta es la motivación del discurso "En pro de las simmorias", así como la de los que le siguieron inmediatamente.

Tampoco podemos saber cuáles fueron las relaciones entre Demóstenes y Eubulo, pero sí es cierto que más tarde se separó de él, aunque perduró en el orador el sentido de la política conservadora a ultranza que, en definitiva, es uno de los aspectos más característicos de sus "Filípicas".

El eje sobre el que giran y se orientan definitivamente los esfuerzos de Demóstenes lo representa el discurso "Contra Aristócrates". En este discurso, no pronunciado por Demóstenes sino por el noble ciudadano Euticles de Tría, se discute una ley propuesta por Aristócrates concediendo privilegios de inmunidad en favor de Caridemo, antes general al servicio de Atenas y después al del rey Cotis de Tracia, y a la sazón, ya muerto Cotis, casado con una hija suya y ministro de su cuñado Cersobleptes, quien con sus hermanos Berisades y Amadoco, compartía la soberanía del dividido reino de Tracia.

Precisamente esta relación familiar y de servicio de Caridemo, convertía el ataque a la propuesta ley que trataba de protegerle, en un problema de política exterior. No trataremos de entrar a analizar este problema (110), pero sí nos importa destacar la motivación de este discurso, porque todo él está orientado a conseguir, aunque resultó errónea su previsión, un fortalecimiento de la posición de Atenas en Tracia, para evitar un posible punto débil en el frente a Filipo de Macedonia. Y decimos que su previsión no fue acertada, porque mientras ésto se discutía en Atenas, Filipo preparaba su ata-

---

(110) No podemos dejar de citar aquí el análisis que de esta cuestión hace Jaeger en su obra "Demóstenes", excepcional por tantos conceptos, aunque no compartamos en nada el espíritu que la anima. Cf. WERNER JAEGER, *Demóstenes*. Traducción española, F. C. E. México 1945, Cap. V.

que a la Tracia, dejando así sin sentido el discutir con cuál de los reyes de aquella región convenía aliarse.

Desde este momento todos los posibles peligros que amenazaban a Atenas desaparecieron del pensamiento de Demóstenes, para quedar absorbido éste por el representado por la amenaza macedonia. Ya varios autores han pensado que en este momento existió en la mente del gran orador el proyecto de una alianza con Persia en contra de Filipo. Pero no entramos en este oscuro punto. Lo cierto es que Filipo conquistó la Tracia y se dirigió al Helesponto (peligro de los estrechos, ya previsto por Demóstenes en "Contra Aristócrates"), hasta que se detiene en el sitio de Haraion Teicos (finales del 352), por haber caído enfermo, en plena ruta del trigo de Crimea, granero de Atenas.

Tampoco sabemos si la Primera Filípica está motivada por estos acontecimientos, a causa de la dificultad de fijar la fecha de su pronunciamiento; pero si fuera cierta la fecha de finales del 352 o principios del 351, como afirma Dionisio de Halicarnaso, sería la denuncia de la peligrosísima situación por la que pasa Atenas, amenazada en el camino del trigo de Crimea y atacada por las piraterías de la escuadra macedonia en las costas de Eubea e incluso del Atica propiamente dicha.

El sentido de esta primera filípica, a la que seguirán otros muchos discursos de motivación semejante, es denunciar el peligro de una nueva hegemonía. No era, por tanto, una situación nueva. Pese a ello Demóstenes pretende que todo en Atenas se organizara ya para defenderla de la amenaza que representaba la supremacía de Filipo. Y, como ya hemos dicho, Demóstenes admitió la posibilidad, incluso, de una alianza con Persia, para luchar contra ella.

La postura del gran orador no tiene nada de original, desgraciadamente, se repitió en la historia de Grecia con demasiada frecuencia. Y ya sabemos que no conducía a ninguna otra parte que al desastre.

Las maravillosas piezas oratorias de Demóstenes que siguieron a la Primera Filípica están en función de este planteamiento. El resultado de esta visión fue el Congreso de Corintio al cual asistió una Grecia derrotada.

JOSE ANTONIO GARCIA-JUNCEDA

Profesor de la Universidad. Madrid